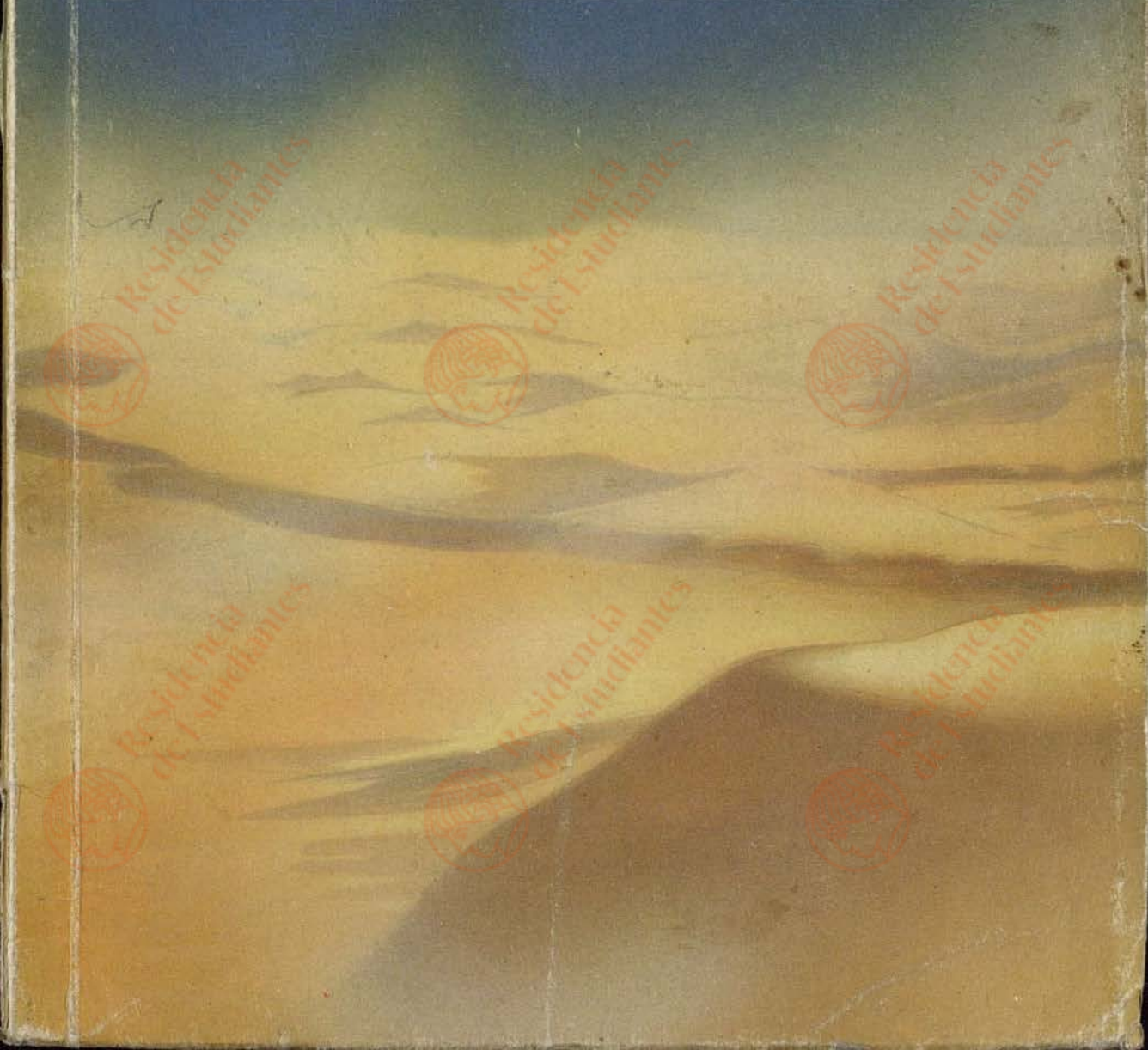


LOS HEROES DEL DESIERTO





Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes

4.000-

LOS HEROES DEL DESIERTO *por Hanns Gert, barón de Esebeck*





Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes

LOS HEROES DEL DESIERTO

La lucha en el norte de Africa

POR

HANNS GERT, BARON DE ESEBECK

DEL PARTE OFICIAL DEL CUARTEL GENERAL
DEL FUHRER CORRESPONDIENTE AL 21 DE ENERO DE 1942:

El Führer y Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas cursó el 20 de enero de 1942 el siguiente telegrama al general de fuerzas motorizadas, Rommel, jefe del Cuerpo Expedicionario de Africa, en ocasión de distinguirlo con las Ramas de Roble con Espadas de la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro:

Gracias a su relevante intervención, ha acertado Vd. a frustrar nuevamente, en cooperación con nuestro aliado, las intenciones anglo-americanas, obteniendo una victoria defensiva contra adversarios numéricamente muy superiores. Reconociendo agradecido este su triunfo y lo heroico de la lucha de las tropas alemanas e italianas, sometidas a su mando, concedo a Vd., como a sexto oficial del ejército alemán, las Ramas de Roble con Espadas de la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro.

ADOLF HITLER.

DEL PARTE OFICIAL DEL CUARTEL GENERAL
DEL FUHRER CORRESPONDIENTE AL 30 DE ENERO DE 1942:

En recompensa a sus relevantes méritos, el Führer ha promovido a la categoría de capitán general al general de fuerzas motorizadas Rommel, comandante en jefe del Cuerpo Expedicionario de Africa.





Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes

INTRODUCCION

El presente relato describe episodios muy movidos y emocionantes de la guerra en el norte de Africa.

Conocido es que las fuerzas armadas de Alemania e Italia están haciendo frente a un adversario numéricamente muy superior, en los territorios comprendidos entre el Cairo y Trípoli. A pesar de ello, las alternativas se siguen unas a otras, sin que esa superioridad lograra inclinar definitivamente la balanza de la victoria a su favor. En una guerra en el desierto no constituye factor decisivo la ganancia o pérdida de tal o cual parte de un determinado sector. Ningún verdadero estratega se atreverá a juzgar los resultados de esta contienda exclusivamente por el hecho de que en el curso de los acontecimientos, tan lleno de alternativas, la plaza de Sollum o el Puerto de Halfaya los ocupen las fuerzas del Eje o las del Imperio Británico.

La ofensiva con que los ingleses pretendían establecer un frente contra Europa, desde el Cairo hasta el Atlántico, ha resultado un formidable fracaso. Al empezar, a mediados de noviembre de 1941, la ofensiva de la Gran Bretaña, declaró la prensa británica que los ingleses celebrarían en Trípoli sus Pascuas de

Navidad. Pero lo único que logró su gigantesca superioridad numérica al par que el intensísimo empuje de esas fuerzas, fué hacer retroceder a las fuerzas del Eje. Con todo, también aquí se opuso, hasta los límites de lo posible, una resistencia tan heroica que la misma Radio de Londres hubo de manifestar en su emisión del 18 de enero de 1942: «Los alemanes hechos prisioneros en Halfaya estaban tan extenuados que no podían ya recorrer siquiera una distancia de dos millas. La guarnición de Halfaya se vió expuesta al fuego de artillería más intenso que se ha registrado hasta ahora en la campaña de Africa. Uno de los factores decisivos de la rendición fué el haber sido interceptado el aprovisionamiento de agua.» Los objetivos concebidos y públicamente anunciados de la ofensiva no fueron alcanzados en modo alguno. Lo que se había propuesto en noviembre la Gran Bretaña, no se consiguió ni con mucho. La cabeza de puente del Eje en el norte de Africa, continúa intacta, sosteniendo en un todo su transcendencia dentro del orden estratégico mundial. Las páginas siguientes contienen reportajes en torno a los estrategas que supieron hacer frente tan eficazmente a un adversario numéricamente varias veces superior. De todos modos, no será en el Norte de Africa, donde habrá de decidirse en definitiva

el resultado de esta guerra, cuyos tentáculos envuelven ya el mundo entero. La Tierra, política y militarmente considerada, ha llegado a ser hoy un solo campo dinámico coherente. No hay más que un solo y único escenario de la guerra mundial con sus variados sectores. Las luchas en el norte de Africa, en el Atlántico y en el Pacífico, han de considerarse como una sola y única gran batalla. Según lo confesó el propio Churchill, la concentración de una superioridad numérica británica en los territorios norte-africanos, no resultó posible sino mediante la retirada de tropas, barcos y aviones de otros sectores británicos de vital importancia en el Pacífico, destinándolos al norte de Africa. El alcance que tiene para el Imperio Británico esta concentración de sus fuerzas armadas en la región del Mediterráneo y su alejamiento del Pacífico, lo han demostrado con una sorprendente frecuencia los acontecimientos más recientes y los soberbios resultados estratégicos del Japón. El Pacto Militar de Berlín que se concertó en enero de 1942, entre Alemania, Italia y el Japón, hará que este hecho produzca efectos todavía más positivos.

Juzgados desde el punto de vista de la política mundial, los portentosos resultados de los soldados del Eje en el norte de

Africa obedecen al hecho de haber sabido detener el arranque de la ofensiva británica, frustrando su proyectada realización. En su audacia y habilidad para vencer las mayores dificultades, revelóse un heroísmo de pura ley, dando a conocer al mundo, por lo tenaz de su resistencia de qué fuste están tallados todos ellos. Reiterada y decisivamente frustraron los planes y esperanzas británicas en el norte de Africa, coadyuvando con su tesón a preparar el terreno de la derrota definitiva del Imperio Británico. Delenda Britannia est!

Se puede ir al Africa por dos itinerarios distintos. En la Guía de Viajeros que el sargento Barlesius recibió ayer, por correo militar, de Doña Hildegard, está consignado detalladamente uno de los dos: unas 30 páginas de prosa menuda nos enteran del procedimiento ordinario: permiso de entrada, concesión de divisas, autorización de estancia, pasaje, dirección del hotel y las mil advertencias que conviene tener presente: puntos de excursión, cicerones, propinas, cuidado con los mendigos, medidas previsoras contra el tracoma, centro de información Cook etc., etc. Sigue luego un breve vocabulario con términos por el estilo: «biddi akul», quiero comer. «Ed-duchul mamnu»: entrada prohibida.

¡Que diantre! ¡Si el segundo itinerario es mejor que todo esto! Barlesius se quita las gafas que defienden del polvillo y pestañeando sin cesar contempla las densas y rojizas nubes de polvo que ocultan el sol, camino ya de su ocaso; luego empieza a silbar una marcha militar. «Toda esa monserga de formalidades a nosotros no nos hace ninguna falta!»

El paraje donde está, no ofrece aspecto alguno digno de mención. Una desolada estepa sin confines visibles. Es un semi-desierto que por toda vegetación sólo muestra unos abrojos escasos y resecos, como en todas partes de la zona costera de la Marmarica. En la frontera el Egipto empieza luego el verdadero desierto. Al mediodía, cuando el viento del Sur empieza a soplar, se levantan densos torbellinos de polvo. No hay nada, absolutamente nada, que pudiera amenizar en lo más mínimo ese dilatado erial.

En este momento, tres coches blindados de exploración pasan por el cerco alambrado. Éste está roto en muchos sitios y parece todo menos una barrera. La guerra lo ha destrozado y el viento ha ido amontonando a su alrededor trozos de papel y otros desechos, adornándola de una manera estrafalaria. La arena que llega hasta la rodilla, es arrastrada sin tregua ni descanso por el viento, para quedar luego nuevamente amontonada. El viento sopla y brama día tras día sobre aquel inmenso mar de arena.

El sargento Barlesius contempla a la indecisa luz del crepúsculo los coches blindados de exploración a cuya dotación le toca relevar. Parecen monstruos negros y extraños. En el mapa está marcada su posición. Las dotaciones de los coches se atienen estrictamente, para su orientación a las indicaciones de su brújula. Constituye ésta el único medio para comunicar con los puestos de vigilancia en contacto con el enemigo. Este cometido de los exploradores es sumamente aburrido. Durante el día vigilan, siempre que se lo permita de algún modo el vaho caliginoso y trémulo del aire cargado de un polvillo impalpable, y durante la noche no les queda otro recurso que fiarse de la fina percepción de su oído. Si el viento sopla en dirección favorable, todos los ruidos y sonidos son propagados con una precisión insuperable. Entonces se perciben los roncoss aullidos del chacal y del zorro del desierto. A veces rechinan en la lejanía las cadenas de un tanque inglés; otra veces desgarras el silencio nocturno el estridente graznido de un ave de rapiña.

Las noches proporcionan un fresco agradablemente reparador. Durante el día el sol abrasa despiadadamente cuanto alienta en el desierto: a hombres y material. Las planchas de hierro de los coches abrasan y el que no anda precavido tiene que presentar su mano quemada, al día siguiente, al médico del hospital. Se necesita alguna práctica para encaramarse al coche sin tocar las piezas de hierro ni rozarlas con las piernas desnudas. Por la mañana, los soldados extienden desde el coche una lona, sujetándola en la tierra por dos estacas, para de esta manera proporcionarse algo de sombra. Las moscas son una verdadera plaga. Por donde sea que se explaye la vista, no se ve nada más que arena y pedregales. Y no obstante, las moscas viven y se propagan en el desierto, juntándose en grandes enjambres y aun formando legión. Son pesadas, pegadizas e importunas a más no poder, empezando por formar cortejo de los coches, aunque éstos avancen en plena marcha. A la primera parada nos acosan ya grandes masas de ellas, como atraídas por algún cebo misterioso. Los soldados se ponen inmediatamente mosquiteros en la cabeza para proteger ojos,



Residencia
de los Estudiantes

Residencia
de los Estudiantes



Residencia
de los Estudiantes



Residencia
de los Estudiantes

*Los tanques alemanes han demostrado a cada
paso su superioridad sobre los ingleses. Los
tanques de construcción americana resulta-
ron también para nuestros enemigos un ver-
dadero desengaño.*



Residencia
de los Estudiantes



Residencia
de los Estudiantes



Residencia
de los Estudiantes

boca y nariz. Pero todo es inútil, porque entonces se arrojan sobre las rebanadas de pan de los soldados o se posan sobre las fundas húmedas de las cantimploras y zumban furiosamente en torno a toda lata abierta de conservas. No hay manera de librarse de ellas. En cierta ocasión, Barlesius llenó una lata con excremento de camello, arrojando bencina sobre ella y luego agua sobre la llama viva: un humo denso y mordaz se extendió por aquel sitio de descanso. Las moscas huyeron a la desbandada, pero a la media hora ya estaban otra vez allí. Hay sólo un medio eficaz para ahuyentarlas radicalmente, que la misma naturaleza nos brinda: la tempestad de arena. En bastantes días sucede que a eso del mediodía el viento cambia de dirección. De repente sopla con un empuje inesperado desde el interior del desierto. «Está gibliendo» dicen entonces los soldados. En tales días aparece el sol como nublado por una ligera capa de neblina. La luz del día es entonces mortecina, y el instinto nos dice que se avecina la hora crítica. El viento sopla entonces repentinamente de una dirección opuesta a la de antes y se ve avanzar sobre el desierto un denso y opaco vaho caliginoso, semejante a un muro que extiende un velo sobre cielo y tierra. Nos apresuramos a proteger cuello, boca y oídos con un pañuelo de seda y nos ponemos los lentes para aislar la vista completamente. El calor es asfixiante y no obstante, hay que abrigarse, ya que de lo contrario, el polvo imperceptible penetraría por todos los poros en los ojos, nariz, boca y oídos.

Montando la guardia en el frente del desierto

Realmente, no son de envidiar los destacamentos de guardia permanente. En un punto del la hoja cartográfica hay registrado un nombre, impreso en un cuadro blanco. En este punto hay un «bir», o sea, una cisterna seca, cavada en la roca viva, de tiempos remotísimos. O bien, algunos montones de piedra dan testimonio de una vida pretérita que se ha extinguido ya, quién sabe cuando. En derredor se dilata el desierto sin confines; nada se mueve en lo que abarca la vista. Las hondonadas y

valles angostos que con cierta frecuencia interrumpen inesperadamente la dilatada llanura, son invisibles a la luz del sol.

De madrugada y al declinar el día, cuando la atmósfera se vuelve diáfana, los coches exploradores avanzan un par de kilómetros. Cautelosamente recorren el desierto y ocurre, alguna que otra vez, que topan con tanques de los «tommys». Mútua-mente se examinan ambos a través de los prismáticos. Luego se cruza algún saludo «contundente y resonante», que no tiene nada de afectuoso, después de lo cual reculan y regresan a su punto de estacionamiento. Ciertamente, se trata aquí de un cometido de importancia innegable, pero hay que reconocer que es aburrido hasta más no poder.

Barlesius se dirige a los tres coches blindados de exploración para relevar a sus dotaciones. Se cambian los saludos reglamentarios.

«Siempre lo mismo. Nada de nuevo. Esta mañana, dice el cabo, se han acercado tres tanques ingleses a unos dos kilómetros de distancia, pero luego han vuelto a retirarse.»

«¿Hay caras nuevas?»

«Nuestros antiguos conocidos de la cota 193. ¿Cómo estamos de correo?»

A una señal de Barlesius se saca un paquete. ¡Correspondencia! He aquí la palabra que interesa más que nada en estos andurriales de Africa.

En estos eriales, durante tres días muy cerca del enemigo en misión permanente de exploración, hay que armarse de paciencia. Pasado el primer día, hay soldados que ya se figuran que no han recibido correo desde hace semanas. Así es que siempre tienen a flor de labio la misma pregunta que dirigen a sus camaradas de relevo: «¿Hay carta?»

«Schröder, dos paquetitos para Vd.» ¡Siempre ese Schröder! Todos se han reunido alrededor de Barlesius, contemplando el paquete de cartas y periódicos; cada cual recoge lo suyo cuidadosamente para encaminarse acto seguido, a paso tendido y apresuradamente a su respectivo coche. Antes de ponerse éste en marcha, cada cual se entera rápidamente del contenido de sus cartas. Ya en ruta, Schröder empieza a charlar, contando



cosas de su pueblo, del gran estanque en que los patos graznan y del heno oloroso que los del pueblo ya han vuelto por segunda vez.

«La comunicación está establecida con el destacamento», transmite el radiotelegrafista.

«Bien. Indíqueles la hora exacta. Los demás están a punto de partir.»

Wilde ocupa hoy la cota 204. Peglow está en Sidi Omar, aunque esta plaza la llaman aquí Sidi Suleiman. ¡El diablo sabrá, como este viejo montón de piedras ha llegado a hacerse con nombre tan aparatoso! Barlesius no puede por menos de recordar, cómo al ir por vez primera en búsqueda de la cota 204 no consiguió nunca dar con ella por la sencilla razón de que esa altura no era en modo alguno reconocible como tal, y tan solo después de haberla alcanzado; se podía comprobar, como efectivamente desde allí la mirada se explayaba a gran distancia país adentro. ¡Siempre y cuando el sol no embelleciera aspecto de ese erial miserable!

¿Dónde estará ahora el amigo Tscherwonka? Mañana por la mañana ha de rodear el ala izquierda de las avanzadas enemigas, con seguridad para ir husmeando a espaldas del enemigo. A eso del mediodía habrá de estar de regreso. Charlarán un poco y luego beberán un café moka.

«Café, mi sargento.»

«¡Gracias!»

Moka no es, precisamente, ¡canario! Pero al menos refresca la garganta y proporciona bienestar.

El paisaje vuelve a recobrar por unos momentos resplandores de luz argentina, al hundirse el sol en su ocaso. Casi sin crepúsculo, se nos echa la noche encima. El cielo parece estar cubierto de negros nubarrones. En mi tierra, piensa Barlesius para sus adentros, esta noche estallaría una tempestad. Aquí, donde el sol abrasa desde un cielo eternamente azul, no hay tales fluctuaciones, ni lluvias ni tempestades. A veces, el sargento nota como los dedos se le crispan. Quisiera pegar un tiro a ese aburrido y sempiterno azul.

La dotación de los coches exploradores está sentada formando corro y comiendo su ración de carne en conserva, rancho que que nunca olvida un soldado que haya combatido en Africa. Luego se toma un trago de café frío de la cantimplora. Es éste un brebaje reconfortante, después de un largo recorrido, en cuyo curso ha tenido que tragarse bastante polvo. Antes de acostarse, charlan todavía un rato. La noche se presenta cálida. No hace falta más que una sola mantayla lona de la tienda para preservarse del rocío matutino.

Barlesius fuma todavía un cigarrillo. Su rostro, joven y enérgico, contempla el firmamento con sus titilantes estrellas. Piensa en lo que suele pensar todo soldado joven bajo el cielo africano: ¿Qué pasará ahora en mi casa? ¿qué hará mi mujer? ¿estará acostada al niño en su camita blanca, apretando sus puñitos?

En la lejanía retumban los motores . . .

A la una de la madrugada alguien sacude al sargento que está durmiendo. Es Schneider quien le despierta.

«Algo ocurre, mi sargento. Se oyen continuamente ruidos de motor.»

Barlesius se despierta al instante. También en los demás coches se nota movimiento. Las siluetas de los soldados se mueven en la penumbra. Todos afinan el oído.

¡Ahí lo tenemos! Se oye distintamente el trepidar de motores en la lejanía, parecido al zumbido de abejorros.

«Muy distante.» Barlesius se echa al suelo, aplicando el oído. No cabe ya duda alguna.

«Miguel, apréstate a la marcha! Cifra de brújula: 43.» Barlesius vuelve a subir al coche que arranca silenciosamente. «Parad al cabo de dos kilómetros. ¡Tened mucho cuidado!»

La oscuridad los engulle. Empuñando la brújula de marcha, el brigada está de pié, tratando en vano de sondear la oscuridad que le rodea. El coche se detiene. Un soldado se distancia algo del coche para comprobar la cifra de la brújula.

En este momento se oye más distintamente el ruido. Es un zumbido sordo, acompañado de agudos chirridos.

«¡Media vuelta y adelante!» Es la 1.30 de la madrugada, cuando se lanza el primer parte radiotelegráfico.

«Fuerte ruido de motor en el este y sudeste. Distancia diez kilómetros.»

A escasa distancia de Capuzzo, en un «bir», está estacionado el Estado Mayor del grupo. La caverna, de proporciones gigantescas, formada por la roca viva, en la que reina una temperatura agradable y siempre igual, ha sido habilitada como puesto de mando. En el primer recinto rocoso están instalados los ordenanzas y radiotelegrafistas. En el paso al recinto segundo duerme el comandante de grupo. Su ayundante está en este momento delante de él. La luz indecisa de una vela arroja sombras extrañas sobre las paredes grisáceas.

«Mensaje de Barlesius, mi comandante.»

Éste, medio dormido, coge el papel. «¿Nada más? ¡Esperad! ¡Opino que si cualquier cosa se prepara los demás también avisarán algo!»

A las 2.15 llega un mensaje de Wilde. «De sudeste fuerte ruido de motor.»

«¡Conque, ya les tenemos!» El comandante está ya del todo despierto. «Avisad a la división. Pregunte, si más atrás ya han recibido mensajes más explícitos. Quizás Halfaya haya notificado ya algo. Entonces sabremos a qué atenernos.»

El ordenanza llena de agua el bidón de gasdina. El comandante hunde su cabeza en el agua. El jabón no hace espuma. El agua es, como siempre, salobre. Lo que se nota asimismo al tomar el té.

Son las 3, cuando Barlesius lanza otro parte. «Ruido de motores aproximándose. Probablemente tanques-oruga.»

El comandante asiente con un movimiento de cabeza. «Esto se ha hecho esperar largo tiempo. Parece que el «tommy» ha echado el ojo sobre el Puerto de Halfaya. Desquite por el 27 de Mayo. ¡Bastante tiempo lo ha pensado!»

A las 4.40 llega otro parte de Barlesius. «Tanques enemigos de Sur y Sudeste. Voy retirándome hacia el norte.»

Hace ya bastante tiempo que el frente alemán está en vela. También en el puesto de la división, el general Rommel ha saltado de su camastro de campaña, exclamando: «¡Vamos a ver!»

Demasiado se sabía que en el otro lado se tramaba algo. En medio del desierto empezó a iniciarse un día un movimiento bastante intensivo. Nuestros exploradores avisaron movimiento de columnas y concentración de carros de combate. Luego se averiguó que el inglés almacenaba municiones, carburantes y víveres. Si estaba trasladando sus provisiones y su servicio de reabastecimiento al desierto, algo se había propuesto con ello.

«¡Tanto mejor!» decía el general Rommel. «Ya les haremos un buen recibimiento.»

Hace un mes, que Sir Archibald Wavell, comandante en jefe de Inglaterra en el Mediano Este, se tiró una plancha con sus objetivos tácticos, Capuzzo y Sollum. Los alcanzó, sí, pero no habían pasado todavía 24 horas cuando se propinó a las tropas «victoriosas» una tunda ejemplar rechazándolas y arrancándoles poco después, para colmo de desgracia, el importante Puerto de Halfaya.

Los coches blindados de exploración tienen mejor puntería

Paulatinamente se ha ido haciendo claro. Sobre el desierto despunta el nuevo día. El aire es claro, casi diáfano. La observación se presenta en buenas condiciones y Barlesius divisa distintamente los monstruos grises a través de los prismáticos. Se ve que de todas partes van avanzando tanques con rumbo al noroeste y norte, dejando en pos de sí una espesa polvoreda. Estos tanques parecen ser extrañamente reducidos, pesados y de escasa movilidad. Un soldado le interrumpe.

«Mi sargento, las cadenas están blindadas.»

«Es hora de marcharse.» Barlesius levanta la mano. Los motores arrancan y los coches de exploración, rápidos y de fácil virabilidad, se ponen en marcha.

«Dirección: cota 206.»

A las 5 encuentran al destacamento de exploración de Wilde. Barlesius lanza otro parte más:

«Diez tanques enemigos a cuatro kilómetros al sur de la 206.»

Poco después los ingleses se aprestan al ataque.

¡Una situación endemoniada! Los coches de exploración alemanes no pueden hacer gran cosa. Verdad es que disponen de cureñas de cañón automotor, o sea, antitanques montados sobre tanques-oruga de caza, y algo podría emprenderse con ellos, pero no gran cosa. Porque Mark II (así llaman a los tanques ingleses) tiene un blindaje tan resistente que los proyectiles no logran perforarlo. Así es que Mark II ni siquiera se da por enterado, al rebotar los primeros proyectiles, lanzados contra su recio blindaje.

«No importa. Lo principal es entretener a esos paquidermos» Barlesius se ríe. La cosa no será, de todos modos, tan sencilla como se lo figura el «tommy».

Los tanques-caza disparan a muy corta distancia sus proyectiles contra los tanques blindados. Éstos viran sólo para disgregarse, describir una curva y atacar a los alemanes en el flanco abierto. Como una manada de fieras, ávidas de sangre, rodean los ingleses ahora a sus víctimas. La lucha dura hora y media.

Los alemanes huyen el bulto, cambian de posición, se precipitan rápidamente sobre uno de los tanques que avanza algo separado de los demás y le lanzan sus proyectiles frente por frente; luego viran en redondo para lanzarse valerosamente al encuentro de otro.

Los Mark II no tienen mala puntería, pero los cazas blindados alemanes disparan mejor. En torno a éstos silban ráfagas de proyectiles; el aire vibra bajo el efecto de los disparos. El primer Mark II queda inmóvil después de 48 impactos y su dotación lo abandona.

El segundo tanque inglés no es menos tenaz. Los proyectiles antitanques chocan contra su blindaje, pero rebotan y silbando describen una gran trayectoria.

Diríase que allí la muerte está en acecho y que su mano descarnada tantea el macizo blindaje del coloso, buscando un resquicio por donde introducirse. Por último se forma una nube

sobre el tanque. Al ser disipada por el viento, sale una densa humareda de entre las ranuras. La dotación está perdida. Observando con los prismáticos, se ve todavía como se abre el cierre de la torreta. Un hombre trata de salir pero queda colgado y, levantando los brazos como quien pide socorro, se desploma hacia adentro.

En este momento, el tercer tanque se dispone a retirarse. Una vez más sus proyectiles se abaten cual granizada sobre la cureña automotor, después de lo cual el «tommy» gira en redondo y se aleja.

Cinco tiros — cinco blancos. Otra esperanza frustrada. Sin una sola baja, los cazas blindados alemanes se retiran victoriosos del encuentro.

Barlesius no había estado inactivo durante todo este tiempo. Durante el tiroteo, continuó explorando. Lanzando un parte tras otro sobre el avance del enemigo, logró escabullirse a la vista de las fuerzas enemigas, a una distancia de solo 400 metros.

Asoman cada vez mayor número de tanques enemigos. Muchos de ellos han pasado ya adelante, bordeando extremos de la cota 206. Los cazas y motociclistas blindados alemanes que asomaron en aquellos parajes, viniendo quien sabe de donde, se han distanciado ya del enemigo, volviendo a su base.

Barlesius apenas ve ya manera de regresar sano y salvo. El único recurso que queda es el de arriesgar el todo por el todo. Así es que resueltamente pasa con su coche por delante mismo de los tanques enemigos. Estos empiezan, todos a una, a disparar furiosamente contra los tres coches de exploración. Todas las furias del averno parecen haberse desatado contra ellos. No obstante, salen de aquel aquelarre indemnes, alcanzando finalmente su unidad.

El general Rommel, tal como es

El general Rommel tiene una intuición envidiable. Su fino instinto le dice siempre donde se fragua algo parece como si en el ambiente flotase un algo que le diera a entender



*Avión alemán de caza, volando sobre
la costa del Mediterráneo.*

*El temido avión alemán «Messerschmitt»,
aprovisionando municiones.*



lo que ha de hacer. Así, pues, no es de extrañar que el general, después de haberse apoderado del Puerto de Halfaya y en previsión del futuro desquite, no se diera punto de reposo en meditar el futuro plan estratégico, levantando grandes polvaredas con su tanque-mamut al cruzar incansable el desierto en todas direcciones.

Pronto está enterada la tropa: a intervalos regulares aparece el general y al verle recorrer entonces las posiciones, reflexionando y considerándolo todo, dispensando ya un elogio, ya un reproche y dando consejos por doquiera, inspirados en las prolijas experiencias de una larga vida de soldado, no hay nadie que no quede persuadido de que todo lo que él hace tiene su buena cuenta y razón.

En esos días se palpan visiblemente los estrechos lazos existentes entre el mando y la tropa, entre el general y sus tiradores. Cada uno de esos infantes, tostados por el sol, con pantalón corto y el tronco desnudo, sabe perfectamente que el tesón de Rommel es el que les ha llevado de victoria en victoria.

Duro, exigiendo algo sobrehumano, pero ejemplo viviente para todos, he aquí lo que es Rommel.

«¿Qué tal vamos?» preguntó hace poco a un joven teniente.

«Gracias, mi general, bien. Sólo el rancho podría ser algo mejor.»

«¿Pensais», contestó el general, dirigiendo su mirada a los soldados y guiñándoles el ojo, «que mi paladar es distinto del vuestro?»

Los soldados comprendieron, dándose cuenta de que con miras a la victoria hay preocupaciones de mayor perentoriedad que los problemas gastronómicos.

A una hora muy avanzada de la noche regresó el general Rommel a su tienda, de vuelta del cuartel general italiano. Inmediatamente se entera de los últimos partes. Echa de ver enseguida que la situación no es nada halagüeña. No cabe duda de que el enemigo ataca con elementos muy superiores.

En realidad, numéricamente hemos sido en todo tiempo inferiores a aquél. Aparte de esto, las unidades aliadas acuden ya en auxilio. A estas horas, los contingentes de lucha italianos

atraviesan ya el desierto a marchas forzadas, sin preocuparse del plan, según el cual habían de empezar hoy el duro trabajo de construir carreteras. El general no puede por menos de sonreír. Ahora el «tommy» les ha relevado de tarea tan ingrata.

En torno a la tienda del general se nota un movimiento inusitado de militares que entran y salen presurosos. Las órdenes están ya dadas. Las había formulado Rommel con toda precisión y claridad.

En este momento, el general toma su café no sin cierta repugnancia. El agua salobre no es precisamente agradable al paladar y cuesta acostumbrarse a ella. El general se muestra algo displicente. Esta vez, su presencia en el puesto de mando es indispensable.

El coche-mamut no se utilizará hoy; queda oculto bajo su red de camuflaje. También el conductor del coche blindado de transporte espera en vano la orden de partir. Por vez primera, el general no puede acudir a la vanguardia, mirarlo todo, intervenir, tantear las posiciones enemigas y tomar sus decisiones sobre el terreno, rodeado de sus hombres. Con camisa y pantalón corto, el general Rommel sale de su tienda y coge el azadón. Aquí, al pie de la duna, descubrió hace unos días restos una de ánfora de arcilla. Su forma reveleba origen romano. Desde entonces cava a ratos, consiguiendo hallar diferentes objetos, platos y vasijas de forma extraña.

No estaría mal cavar media hora, piensa el general. Esto despeja la cabeza y sugiere felices ideas.

La recorrido en la arena del desierto equivale a una vuelta al mundo

No cabe duda de que en el curso de estos últimos 30 años, la ruta de Enver Bey no ha visto viajeros más impacientes que nuestras columnas que prosiguen su marcha, envueltas en los densos torbellinos de la polvareda de la pista arenosa. Todos se sienten henchidos de fe ciega en sus armas y en sus fuerzas.



Artillería en combate.

El cuerpo expedicionario alemán de Africa está resuelto a ceñir nuevos laureles de gloria a sus banderas.

Nuevamente gravita sobre el desierto el ardor vibrante del sol. A ambos lados de la columna se extienden nubarrones de un polvo espeso. Envueltos en sus capotes, los conductores están agazapados detrás del volante. Cada vez que los coches se hunden en algún profundo bache, la salpicadura rojiza de la arena choca contra las ventanillas del mismo, produciendo un chasquido.

Pero nada arredra a los soldados. ¡Hay que avanzar! Bajo la constante acción de las carros-oruga, la arena se convierte en una especie de harina impalpable. Los motociclistas asoman cual espectros en medio del polvo arremolinado. Las pesadas piezas de 15 cm arrastradas por remolcadores-oruga, chirrían y crujen. Más atrás siguen las columnas con municiones, agua y víveres, que constituyen un interminable convoy, guiado por conductores experimentados que, en gran parte, han realizado ya un recorrido equivalente a una vuelta alrededor de la tierra, o sea 40 000 km, por el desierto africano. De tal hazaña sólo puede hacerse cargo quién, sentado detrás del volante de uno de esos viejos camiones, trepidantes y tragapolvos, haya sido sacudido a más y mejor durante días enteros.

«Recuerdo que en la escuela», dice el cabo Stark, — no hace mucho tiempo, que ha salido de ella — «al marcar el termómetro los 25 grados, nos daban vacaciones de canícula.»

Su compañero de al lado masculla algo entre dientes, pensando en los 35° que registraron ayer en su tienda de campaña, considerándolos de temperatura apacible.

Con todo, no hay por qué quejarse, pues el cielo se muestra benigno con ellos desde hace algún tiempo, mandándoles un agradable airecillo que les reconforta. Verdad es que el recorrido hasta Capuzzo y Sidi Omar no es muy largo. Para un criterio europeo, no es más que algo así como un paseíto dominguero. Mas, aquí en el desierto! A lo sumo, y de tarde en tarde, puede uno aventurarse a recorrer 20 km., por ejemplo, para ir a El-Adem, el antiguo aeródromo italiano, donde la pista de Enver Bey no opone el obstáculo de la capa de

arena, sino tierra firme. Por lo general, la rapidez de la marcha no rebasa los 10 km. por hora, que es el máximo compatible en parajes como éstos.

De este modo, las columnas van rodando hora tras hora; a la mañana sucede el mediodía y a éste, la noche. Los destacamentos de avanzada y los coches blindados que salieron los primeros poniéndose a cabeza, han avanzado ya bastante al caer de la tarde. La pista de Enver Bey desemboca directamente en Capuzzo. A unos 30 km. antes de su objetivo final, tuercen hacia el sur, en dirección a Sidi Omar.

Cuando ya anochece, les alcanza finalmente la orden de parar. Los soldados estiran sus miembros, sus piés golpean el suelo y se procede a la limpieza de caras y uniformes, cubiertos de una capa pegajosa, mezcla de sudor y polvo. Los más, no se mueven siquiera de su sitio, quedando en el acto profundamente dormidos con la cabeza sobre el volante. Contados son los que tienen todavía humor para extender sus mantas en un hueco practicado en la arena, o los que, a toda prisa, se levantan una tienda individual.

Delante de la cocina de campaña se ha formado una cola. Los cacharros de estaño resuenan al chocar unos con otros. Hay fideos con leche. ¡Qué bien saben después de un día como éste, cuando el cuerpo está completamente reseco! La sopa está calentita y dulce.

A todo esto, nadie se había enterado todavía en esta parada, en medio de la pista de Enver Bey, de lo que entretanto había ocurrido con una rapidez dramática. En ese mismo domingo — día 15 de Junio, — Capuzzo había caído en manos del enemigo, a eso del mediodía, tras combate breve violento. La base 206, situado en el desierto al sur de Capuzzo, había sido tomado por sorpresa en un abrir y cerrar de ojos. Después de haber gastado la batería sus municiones, los ingleses no tuvieron ya dificultad en ganar la partida.

La trepidación causada por la explosión de las granadas estremece de nuevo el aire; el fragor de los disparos, el sordo estallido de los proyectiles antitanques, el martilleo de los fusiles-ametralladora, el humo de pólvora y polvo de mortero, pasan

formando amplia faja neblinosa que se extiende sobre las tumbas de los soldados caídos en Capuzzo-Amseat, ese montón desolador de rocas candentes, entre las cuales surgen cruces de madera.

¿Amigos o enemigos?

Barlesius, que en el momento de quedar cercada la base 206, trató de ponerse a salvo, consiguiéndolo, volvió a reunirse con su grupo en la mañana del 5 de Junio. Toda la tropa de exploración había regresado sin tener bajas. En este momento recibió el comandante la orden de entretener y hostigar las fuerzas enemigas, situadas en el punto más al este, entre la cota 206 y Sidi Omar.

«Ganar tiempo» había dicho el general Rommel por teléfono.

Cometido de todas las tropas estacionadas en los parajes circundantes de Sollum es, detener al adversario hasta la llegada del grueso de nuestras tropas en marcha de avance sobre la pista de Enver Bey, con el objeto de cercar al enemigo.

El día acaba de despuntar. Todavía no se sabe cual es la fuerza del enemigo que avanza desde el sudeste.

El sol quema que es un gusto. El aire es una masa gris, fluctuante e hirviente. La visualidad alcanza apenas un par de centenares de metros. En tales condiciones, el destacamento se pone en marcha, parándose con frecuencia para ir observando. En esto, se anuncia la presencia de vehículos por la derecha. Más tarde, asoman a la izquierda nubes de polvo, levantadas por columnas desconocidas. Nadie sabe quién pasa por allá; si son amigos o enemigos.

Tampoco la tropa de exploradores, destacada por el comandante, y que ha de avanzar con la brújula para poder regresar, ha podido averiguar nada de cierto. Lo único que se sabe es que la cota 206 está perdida. Barlesius, testigo ocular de la fase inicial de combate, lo ha transmitido y tal mensaje queda corroborado por no contestar 206 ninguna llamada radio-telefónica.

A eso del mediodía, el destacamento topa cerca de la cota 208 con tanques enemigos. Estos avanzan en dirección noreste. Se cuentan en número de 14 tanques Mark II, los cuales, por de pronto, se consiguen rehuir. No obstante, al poco tiempo se produce el choque repentinamente y se desarrolla un combate que no deja de ser en cierto modo chusco.

Nuestro grupo no dispone de armas pesadas para poder atacar de firme a los Mark II, fuertemente blindados. Por otra parte, ni el comandante ni sus hombres piensan ni remotamente en darse a la fuga. Así es que recurren al simulacro de armar adrede una fuerte polvareda para así amedrentar al enemigo con el temor de verse frente a un gran contingente. Luego se disparan unos cuantos tiros por ambas partes y cuando algo más lejos asoma de improviso una nube gris que se acerca, el adversario se distancia, eludiendo toda lucha ulterior y desaparece por el foro. En efecto, son tanques alemanes los que se acercan.

La situación continúa indecisa. Lo es todavía al anochecer, cuando el destacamento regresa para preparar su defensa y hacerse cargo, en posición de retaguardia, de la protección del convoy. Al hacerlo, pasamos casi tocando Capuzzo. De este modo, el sargento Barlesius puede observar con los prismáticos, cómo tanques alemanes están librando una batalla en el terreno a vanguardia.

Conque, exactamente como el mes pasado! piensa Barlesius. Ésta será la tercera vez que habremos de arrojar al inglés de Capuzzo.

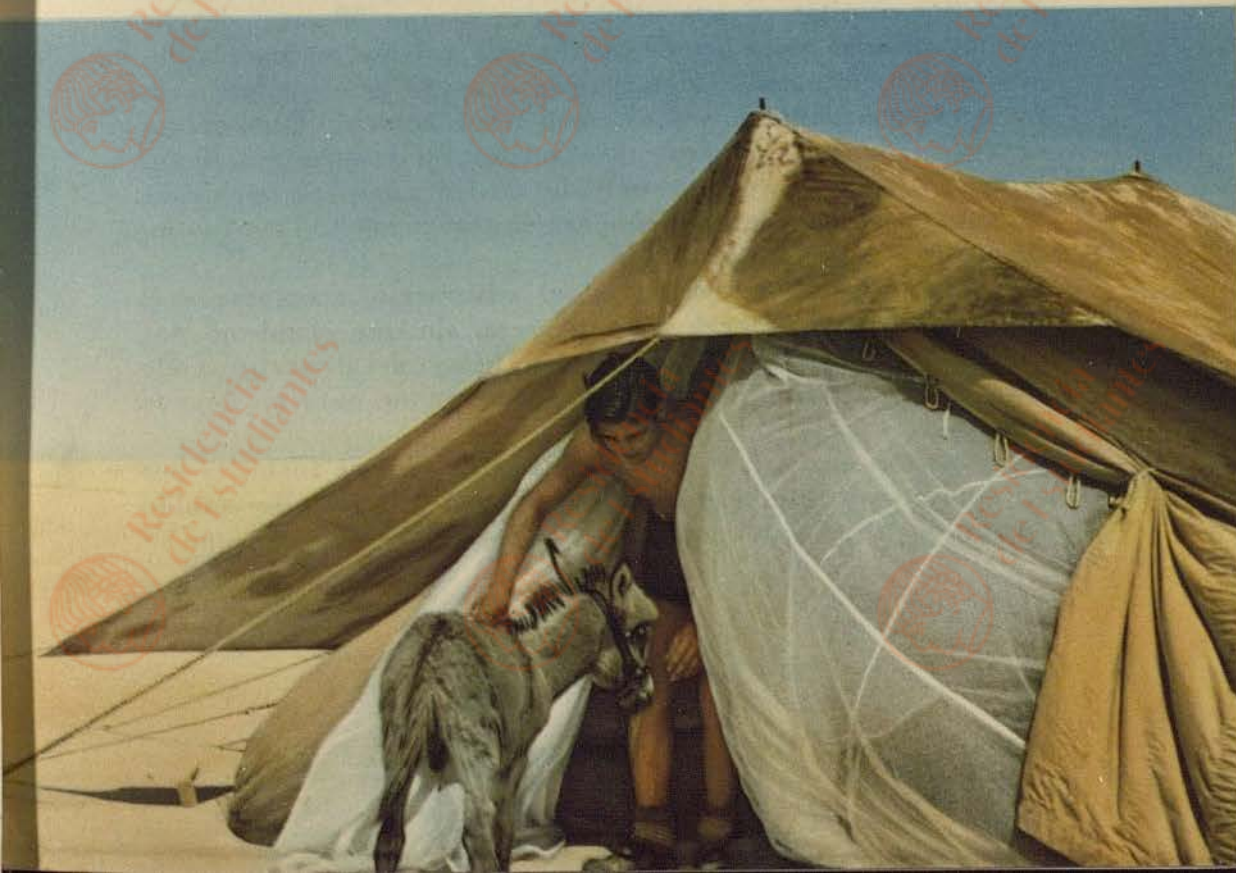
El ataque a Capuzzo

Efectivamente, en torno a Capuzzo se había desencadenado un combate encarnizado. Hacia el mediodía, los primeros tanques ingleses habían penetrado en las ruinas del fuerte. La guarnición italiana, aislada y a merced de los cañones de los monstruos de acero, intentó romper el cerco, pero parte de ella cayó prisionera y el resto sucumbió. Asimismo hubieron de rendir sus armas algunos blindados alemanes y resignarse con destino.



Un campamento alemán de tiendas de campaña, protegido por las dunas.

Un pequeño amigo pardo de los «africanos»; también él busca un refugio para resguardarse de los ardores del mediodía.



Lo que está pasando aquí y lo que volverá a ocurrir en las horas que se avecinan, caracteriza en un todo la guerra africana, de cuya estrategia típica tuvimos todos que aprender al llegar al desierto.

En los inmensos territorios, en que se desenvuelve la lucha, sucede que alemanes e ingleses pasan con harta frecuencia el uno delante del otro, sin que se produzca ningún choque. La atmósfera, transformada día tras día por la acción caliginosa del sol en una masa fluctuante, impide hacer ninguna clase de observaciones. A menudo el «tommy» tiene el mismísimo aspecto que nosotros: viste camisa caqui con mangas arremangadas, pantalón corto y lleva las piernas al aire. Su casco plano de acero se parece a los nuestros tropicales.

Y luego ¿qué significan distancia y dirección en un terreno, en el que el propio Barlesius ni acierta a apreciar las distancias sino con aproximaciones de un centenar de metros, y cuyas superficies no acusan punto alguno que pueda servir de orientación? Aquí hay, por ejemplo, un bidón inglés de gasolina. A través del vaho cegador de la atmósfera, adquiere ese mísero bidón las proporciones de un algo negro y fantástico. Creeríase que es un vehículo. Luego vemos un raquítico arbusto de abrojos. Sus ramitas secas se destacan a unos 40 cms. de elevación sobre el suelo pelado, de manera que uno se hace la ilusión de ver un árbol a alguna distancia. Al avanzar luego un poco más con el coche, vemos cómo árbol, vehículo y bidón han desaparecido como por encanto. En cuestión de segundos, de un metro a otro, todo queda esfumado, cual si una mano hechicera hubiese pasado por la planicie para embaucarnos con sus fantasmagorías.

Reconocer en un terreno tal al adversario, acercarse a él disimuladamente, cogerle por sorpresa, sin que él mismo nos coja inopinadamente, he aquí el arte bélico del desierto. Todo ello implica tener un buen sentido orientador para no dejarse extraviar.

Ocupando una faja dilatada, cual selva exótica formada por un sinnúmero de elevados troncos de árbol, todo ello sumido en reflejos rojizos: he aquí la fantasmagoría de sombras que se

destacan del horizonte: es Capuzzo. Sus ruínas se yerguen imponentes a gran altura.

Carros de asalto, cazas blindados y un batallón de fusileros motorizados se aprestan al ataque. Es media tarde. Los antiaéreos apoyarán el contraataque, por medio del cual Capuzzo ha de ser recuperado. ¿Con qué fuerzas cuenta dene-migo? ¿Dónde está metido?

«¡Teniente Zahn: preséntese al comandante!»

«Orden: indague lo que hay dentro de Capuzzo. Acérquese al fuerte cuanto pueda. Compruebe hasta donde se ha hecho fuerte el enemigo en Capuzzo. Regrese dentro de una hora. Me encontrará aquí.»

El joven oficial saluda militarmente y repite la orden. Luego desaparece, envuelto en el remolino de polvo de su vehículo.

Por doquier evolucionan ahora los tanques ingleses pesados. A medida que se acerca, desaparece la capa de vaho que envolvía Capuzzo y el teniente lo ve todo como al alcance de su mano. El portal romano a la entrada de los cuarteles, situados al pie mismo de la Vía Balbia, produce la impresión de un edificio de muchos pisos en ruínas. Con sordo estrépito explotan los proyectiles en las ruínas del fuerte, levantando columnas de piedras, polvo y cascotes.

Al cabo de dos horas, el teniente Zahn no está todavía de vuelta. Por fin llega un mensaje suyo. El oficial tiene cortada la retirada y junto con un puñado de hombres está batiéndose dentro de Capuzzo. Un tanque, que acaba de romper el cerco enemigo, ha traído la nueva. Hacía ya medio día que el teniente había estado escondido en un rincón del fuerte, detrás de las ruínas de un muro. Cerca de él pasa la tropa inglesa en sus coches. ¿Qué hacer sin municiones y con el paso cortado? No le queda más remedio que ocultarse y esperar a que se presente la oportunidad de escabullirse para volver a las propias líneas.

El teniente del tanque refunfuña. «Seguramente que dentro del recinto de Capuzzo habrá todavía unos cuantos más en situación idéntica. ¡Sabe Dios, cuántos habrán caído en la ratonera!»

El teniente coronel se encoge de hombros.

«Dicen que el comandante del batallón de tiradores motorizados ha quedado sepultado bajo un montón de ruínas; el comandante de nuestra batería antiaérea no ha vuelto de su exploración. ¡Estas son las consecuencias! ¡Nada se ve, nada se sabe y todo se reduce a sorpresas! ¡Vamos a ver, si todavía habrá manera de librarles!

Los tiradores de los tanques son gente optimista. Esta mañana, en acción conjunta con los antiaéreos, cerca de la cota 208, han caído en sus manos 6 tanques enemigos. Aquello fué un excelente preludio. Nuestra batería iba delante de ellos y antes de que ninguno de los «tommys» pudiese darse cuenta siquiera de lo que ocurría, quedaron cogidos todos ellos, atacados y aniquilados, sin que lograra escaparse con vida ni uno solo.

Tanques ingleses en llamas

En las filas de los tanques va cundiendo ahora la animación. Se han aprovisionado todos de municiones y de gasolina.

«¡Tanques, adelante!»

La primera escuadra inicia la marcha, acompañada de la batería antiaérea del primer teniente Schwabach y de los cazas blindados, cuyos últimos protegen el flanco.

Ese dichoso Capuzzo, piensa el primer teniente del tanque de mando, parece una vieja guarida de bandidos. Dos veces ha cambiado ya de dueño en el curso de estas últimas semanas, y dos veces hemos tenido que arrojar de allí a los ingleses, zurrándole de lo lindo. Pero nunca llega el golpe definitivo. El inglés no lucha cara a cara; en este momento solo piensa en cercar a los alemanes al darse cuenta, por las dos amplias fajas de polvareda, que el ataque alemán está preparándose.

¡Una situación sumamente comprometida! Es casi lo mismo que enfrentarse en alta mar dos potentes escuadras. Una y otra tratan de escurrir el bulto; ambas describen grandes rodeos, la una intenta envolver y cercar a la otra, y entrambas procuran sembrar confusión para ganar ventaja.

Los ingleses van acercándose cada vez más. No han disparado todavía ningún tiro. La tensión ha llegado a ser máxima. Los primeros tanques ingleses se han acercado a una distancia de 500 metros a los antiaéreos, cuyas piezas han ido distanciándose a su vez de los tanques.

De pronto se oye un tremendo estallido. De los cañones salen fogonazos. Ambas piezas desaparecen envueltas en polvo y humo. Los hombres miran ansiosamente el resultado y ven al primer teniente Schwabach, tan ronco que apenas puede ya articular palabra, descargando sobre el hombro del radiotelegrafista su mano con fuerza tal que éste queda medio atontado.

«¡Este es el octavo! ¡Adelante!»

Dos tanques ligeros ingleses se acercan navegando por el mar del desierto. ¡Alerta! ¡Sangre fría!

El suboficial Melzer, jefe de una pieza, frunce el entrecejo y exclama: «Dejadles venir y luego...» Levanta la mano, mirando al primer teniente, mientras la consigna corre de unos a otros en alta voz.

¡Ahora!... cinco, seis tiros salen disparados contra los dos «navegantes». Nuevamente salen de los tanques enemigos tenues columnas de humo. Una de las dotaciones tiene aun tiempo de apearse y esconderse detrás del tanque, antes de estallar la munición. Llamas de un rojo candente envuelven ambos tanques.

Pero los «tommys» tampoco tienen nada de tontos. Empiezan a irrumpir desde Capuzzo, para momentos después abatirse sobre la batería antitanque y los tanques alemanes de una manera tal que todo el que puede agacha la cabeza lo más posible. Las series no están mal disparadas, pero por fortuna el inglés se ve obligado a disparar a contra luz, lo cual hace que su observación no pueda ser lo bastante precisa.

De repente avisan: «¡Enemigo por detrás!» Dos piezas se emplazan en el acto frente por frente de los atacantes que se acercan por la espalda. Sólo una pieza continúa disparando en la dirección de antes.

Tres tanques ingleses se arrastran hacia las posiciones alemanas. Esta vez se abre el fuego a 2000 metros de distancia.

Los tiros son certeros. En derredor de los tanques se elevan columnas de polvo. También los de enfrente disparan. En el mismo instante, uno de los tres gira alrededor de su eje, da media vuelta y empieza a arder. El segundo corre la misma suerte y el tercero da la vuelta desapareciendo más que deprisa. Va tiene bastante.

Entretanto, los tanques alemanes consideran llegado el momento de desligarse a su vez del enemigo. El fuego de artillería de éste va haciéndose cada vez más intenso. Verdad es que la tentativa de cercar a los alemanes había quedado frustrada, pero por otra parte había quedado también paralizado el ataque a Capuzzo. Y... ¡vaya lo uno por lo otro! 6 tanques enemigos son despanzurrados sin sufrir pérdidas propias. Pedir más fuera gollería.

El crepúsculo vespertino va despejando finalmente el horizonte. El panorama se torna diáfano. Con las sombras del sol poniente, que proyecta tonalidades purpúreas en el horizonte, el aire va purificándose. ¡Al fin se puede respirar!

¡Qué día éste!... Dentro del recinto férreo de los tanques reinaba una temperatura hasta de 60°. Los artilleros de las piezas antiaéreas se dieron entonces cuenta de cómo el calor sofocante les había hecho sudar hasta quedar extenuados. Y para colmo, les alcanza entonces nuevamente la orden de ataque: Capuzzo ha de ser tomado. Y otra vez se coloca la batería antiaérea delante de la primera línea de tanques. A toda marcha se lanzan adelante. Envuelto ya en la sombra crepuscular, Capuzzo se destaca bastante indeciso. Hasta a una distancia de 800 metros, los antitanques y tanques han ido arriándose al fuerte; de repente, sale a su encuentro un fuego antitanque intensísimo. Las ruínas debían de estar provistas de numerosos cañones, que a breves intervalos despedían fogonazos. Pero ésto no le sirve al «tommy» de nada. Con una naturalidad como si estuvieran en una campo de instrucción, se apresuran todos a ocupar su respectiva posición de fuego.

¡Municiones! Jadeando, los artilleros bajon las pesadas cestas del coche. En el mismo instante resuena ya el gran fragor del combate. Al descubierto, sin protección alguna,



*Centinela avanzado italiano
en un puesto de observación.*

*Artillería italiana en el
frente de la Marmarica.*



la dotación está de pie detrás de sus piezas. Una vez más, nuestro cañón antiaéreo demuestra ser un arma terrible y mortífera. Una única pieza, a cargo del suboficial Melzer, destroza cinco tanques ingleses, uno tras otro.

Esta pieza ha ido avanzando directamente sobre la pista. Los tanques surgen cual espectros, envueltos en la sombra de la noche naciente. En derredor llamean los incendios de los tanques ingleses destrozados. El grueso de los tanques retrocede, internándose en el campo de ruínas, donde se cobijan.

Un cuadro fantástico se presenta a la vista. Formando abigarradas cadenas los proyectiles luminosos vuelan a través de las sombras de la noche. Los disparos e impactos se simultanéan los unos con los otros; el aire tiembla bajo el violento estallido de las explosiones. Grandes proyectiles pasan muy cerca de nosotros zumbando estridentemente. Los tanques lanzan destrucción y muerte en dirección al fuerte. Resuenan sin cesar los silbidos de los proyectiles al rebotar.

Agazaparse y no chistar

Al pie de la Via Balbia, cerca del fuerte de Capuzzo, un tanque inglés ha quedado envuelto en llamas. De pronto se ve como una figura humana asoma por la cuneta. Dando enormes brincos, se acerca a todo correr a la línea alemana, parándose ante la primera pieza antiaérea, montada en cureña automotor. Es un oficial alemán.

«¡Adelante!» dice jadeando a los ocupantes del antiaéreo.

«El comandante está allí delante.»

Recorren la Vía. Muy cerca del tanque inglés, envuelto en llamas, ordena el teniente: «¡Alto!», salta a tierra y desaparece por la parte baja de la Vía en uno de los pasos inferiores que hay allí de trecho en trecho. Pronto se sabe de que se trata.

Estando en misión explorativa dentro de Capuzzo, el comandante Fromm, jefe de un grupo de antitanques, acertó a encontrar al teniente coronel Knabe, junto con su Estado Mayor. El teniente coronel había dirigido desde su antiguo puesto de man-

do el ataque de sus compañías. Al retroceder los tanques alemanes, había llegado también para él el momento de retirarse. No obstante resolvió permanecer en su puesto. El oficial se debe a sus hombres, sobre todo estando éstos en pleno combate.

Lentamente van acercándose los tanques ingleses. La situación se vuelve cada vez más crítica. De repente los vemos ya delante de nosotros. No hay tiempo para reflexionar; sólo hay un recurso para ponerse a salvo: refugiarse en uno de los tubos bastante espaciosos que atraviesan la Vía, constituyendo los ya aludidos pasos inferiores, y cuyo acceso está medio cubierto por sacos de arena.

Y cuando los tanques enemigos pasan luego a marcha veloz por aquel punto, ellos, medio echados y medio en cuclillas, en apretado haz, se sienten de momento seguros. Están incomunicados. Mas los tanques ya continuarán su marcha y luego ya se verá, cómo y dónde se encontrará un resquicio por donde escaparse.

¡Agazaparse y no chistar! De momento no queda otra solución. Los 7 oficiales y 15 hombres, metidos allí hechos un ovillo, — el comandante, el ayudante, oficiales-ordenanza, enlaces y un grupo de radiotelegrafistas — no disponen entre todos más que de un fusil-ametrallador y un par de pistolas automáticas, recursos con los que nada puede hacerse. El primer teniente, al retirarse, cogió en el último momento su teléfono, que también fué a parar al tubo, de modo que la comunicación con el puesto de mando subsiste todavía.

En esto resuenan voces. Sobre la Vía, encima mismo de ellos, llaman: «¡Jim, Jim!» Se acercan pasos. Mirando por el hueco entre los sacos de arena, los alemanes ven infantería inglesa. Es tropa que había ido detrás de los tanques y ahora, ampliamente espaciada, se lanza al ataque contra las tiendas.

A unos 20 metros de distancia del paso subterráneo contiguo está apostado el pelotón de «tommys» más cercano a ellos. Uno de estos se está probando el abrigo del oficial-ordenanza. Le cae bien.

Entonces, por la mente del primer teniente cruza como un relámpago la idea angustiosa de que si el teléfono sonase

casualmente, sería la perdición de todos ellos. Saca apresuradamente su pañuelo, desprende el auricular y envuelve el timbre. Pero de momento, esos larguiruchos con sus cascos aplanados de acero no se preocupan ni del tubo ni de los sacos terreros. Acaban de apoderarse del baúl del comandante y contemplan con interés la ropa blanca, considerando la gran utilidad que podría tener para ellos.

El teniente coronel Knabe está ya curado de espanto con todo lo que le ha pasado en Africa pues se ha jugado la vida repetidas veces. La casualidad quiso que en aquella misma hora en que estaba agazapado dentro del tubo, llegara al cuerpo expedicionario alemán de Africa la noticia de habersele otorgado la Cruz de Caballero. Bien mirado, de poco le serviría saberlo en estos momentos críticos. Al parecer, no hay esperanza alguna de escaparse, pues sería inconcebible que el «tommy» dejara de registrar su escondrijo ni que omitiera ordenar pesquisas en los pasos inferiores.

Un sudor frío baña la frente de los alemanes. Ha transcurrido otra media hora. Los nervios están bajo una tensión inaguantable. Al otro lado de la carretera, el tubo ni siquiera está cerrado. Los tanques empiezan a evolucionar. Si desde arriba arrojaran al tubo una granada de mano, no habría escapatoria posible y lo mismo, si les diera por descerrajar tiros al interior del mismo.

En esto entra en acción el fuego de la artillería alemana. Los impactos se producen en el mismo borde de la carretera, obligando a los «tommys» a buscar refugio. Pasa otra hora. Numerosos tanques ingleses continúan pasando por aquel punto sin interrupción; sólo los infantes han desaparecido del escenario. En el centro de la Via Balbia está parado uno de esos tanques a modo de centinela. Nuevamente desaparece toda esperanza de salvación. Ninguno de ellos podría pasar, burlando la vigilancia de ese tanque. Así, pues, los hombres continúan agachados en su escondrijo y esperan. Silenciosos, reflexionan sin cesar cómo ponerse a salvo, a pesar de los pesares.

El creciente crepúsculo lo invade todo paulatinamente alentando otra vez sus esperanzas. De nuevo se oye el silbido de

un proyectil. Es la propia artillería la que dispara. Una granada cae en medio de la carretera y la sacudida que causa hace que se desprenda el polvo adherido a las paredes del escondrijo.

«Este es mi cañón» dice el comandante Fromm.

Luego se oye ruido de motores, forzosamente han de ser tanques. El estrépito de la lucha vuelve a recrudecerse. Los alemanes se lanzan ahora al ataque. De repente, retumba un estampido formidable haciendo, haciendo estremecer todo. Y al espiar los hombres hacia afuera, ven como el Mark II, el mismo tanque que cual dragón estaba acechando delante de su escondite, arde envuelto en llamas.

¡Ahora o nunca! Uno de los oficiales sale disparado y breves minutos después se detiene allí la cureña de un cañón automotor. Ya están salvados todos y al abrigo de las líneas alemanas.

La creciente oscuridad obliga a suspender el ataque. 18 tanques enemigos han sido puestos fuera de combate por la sola batería de Schwabach. Pero el objetivo Capuzzo no ha sido alcanzado. ¡Mañana será otro día! Al alborar, el ataque ha de reanudarse con renovado vigor. Entretanto los tanques se agrupan, formando un círculo, cuya configuración es llamada «posición de puerco-espín». Durante la noche se reintegran al campamento alemán unos cuantos extraviados más. Un teniente de los tanques, errando el camino, se adentra impensadamente en Capuzzo con su camión cargado de municiones y, ¡cosa rara!, el fuerte no da siquiera señales de vida. De repente surgen figuras humanas y al parar el coche en medio de ellos, el teniente ve que son ingleses. Por suerte, el oficial sólo lleva «pullover» y pantalones cortos, por lo que nadie sospecha que se trata de un alemán. El teniente empieza entonces a darse cuenta de que no es sólo su indumento el que impide ser descubierto, sino el que todos están borrachos como una cuba. El oficial salta resueltamente del coche y echa un vistazo al cuartel. Todos están borrachos. A un centinela, también ebrio, le aparta de un empujón, penetra en el cuartel y efectivamente encuentra allí a soldados alemanes prisioneros; sin pensarlo mucho, los

saca, los acomoda en su camión y desaparecen como una exhalación en dirección a la línea alemana.

Como para ratificar la verdad de tal sucedido, en el curso de la noche comparece un sargento alemán ante nuestros centinelas de avanzada. Gracias a esa gran «borrachera de victoria», le ha sido posible tomar las de Villadiego. En fuga ya, se cruza con un sargento inglés que quiere detenerle. Mas, apenas se da cuenta de lo que pasa, cuando ya el sargento alemán le arranca su fusil y le descarga un culatazo sobre la chola; a continuación, le coge amigablemente por el brazo y le arrastra a la línea alemana.

Las tropas alemanas renuevan, muy de madrugada, su ataque contra Capuzzo.

Es el 16 de Junio, segundo día de combate.

Todas las furias del infierno parecen haberse desencadenado en el fuerte. Durante la noche, el enemigo ha emplazado en las ruínas las piezas de tanque unas al lado de otras, requisando para ello todos los tanques disponibles, los cuales disparan ahora al la vez, resguardados tras buenos abrigos. A más de ello, el sol está a espaldas del inglés, de manera que los alemanes que atacan quedan cegados y privados de toda visualidad.

A pesar del fuego rabioso, la batería antitanque, con soberano desprecio de todo peligro, va avanzando hasta 1800 metros de distancia. La réplica no se hace esperar. A las 8,15 arden ya 8 tanques ingleses. Uno de ellos se había acercado hasta 500 metros. Cuando las primeras madejas de humo anunciaron el desenlace inminente, la dotación se apeó y quedó hecha prisionera. Un hombre, revólver en mano, se los lleva.

La batería tiene varias bajas. Los heridos piden auxilio. Entretanto, la artillería inglesa ha abierto el fuego, obligando a los alemanes a buscar refugio. Los impactos van aumentando en numero más y más. Este es el momento ansiado por el enemigo. Sus tanques se lanzan contra la línea alemana apareciendo a 300 metros de la batería.

El jefe de ella levanta entonces su espantamoscas. «¡Retirarse!» Tanto los tractores como las piezas tienen



Un jefe alemán saluda a una
hermana de la Cruz Roja.

impactos. No obstante, se logra desligarse del enemigo y alcanzar, sin más bajas, la muralla protectora de los propios tanques.

Son las 9. De aquí al mediodía volverán todos a estar a punto. Dos de las tres piezas ruedan enseguida al taller y son reparadas en el campo contiguo al de batalla. El ataque contra Capuzzo está de nuevo atascado. Pero el adversario tampoco ha avanzado un paso. La partida se encuentra a tablas. ¿Permanecerá igual en ese segundo día de lucha?

Un comandante inglés que ingresa al mediodía en el hospital de sangre es cuidadosamente examinado, atendido y vendado. Siendo como es un caballero de buenos modales, quiere tomar el desquite a su manera y se pone a prodigar buenos consejos.

«No comprendo», dice al capitán-médico, «por qué se toma Vd. tanta molestia en atenderme. Yo en su lugar no lo haría.»

El médico frunce el entrecejo. Las moscas se pegan a su cara sudorosa como atraídas por un imán. «¿Cree Vd.? No acierto a explicarme por qué, mi comandante.»

«Fíjese en lo que le digo, doctor: mañana o quizás esta misma noche, llegarán nuestros infantes.»

«Por lo que a esto toca, tenemos ya aquí un sinnúmero de ellos, mi comandante. ¿Cómo lo haríamos para atender a todos?»

«No se lo tome Vd. a broma, doctor. Créame, Bardia será nuestro, a más tardar mañana.»

¡Que más quisieras tú! piensa el médico, alejándose ¡Que más quisieras tú! piensa también el brigada Barlesius, y lo mismo repiten el primer teniente Schwabach y el comandante de los carros de combate. Y, por último, también lo dice el jefe de la división, un coronel que sustituye al comandante, que había sido herido ante Tobruk. Al mediodía, se sabe ya que el «Tommy» no ha alcanzado su primer objetivo de ataque. Claro está que la jornada no ha tocado todavía a su término. Pero el grueso de las tropas alemanas, cruzando el desierto a la altura de la cota 208 y Sidi Omar, arremete contra el enemigo por el flanco. Ya por la mañana se efectuaron las primeras escaramuzas. Si este golpe tiene éxito, el adversario no se escapará esta vez. Una incógnita en el plan de esta batalla que

acusa las características de las ideas de Rommel, la constituye la pregunta: ¿Aguantará el Puerto de Halfaya la arremetida? Nadie lo sabe más que uno solo, y éste es el comandante de reserva Bach.

En el Puerto de Halfaya

Un hombre de mediana estatura, de facciones afables y mirada pacífica, con incipiente barba negra, he aquí la efigie del capitán Bach. Al pronto se le tomaría hasta por algo tímido. Pero apenas se le trata, se nota cómo de su persona irradia un tranquilo tesón y un ánimo comprensivo y jovial. Es un soldado circunspecto y resuelto. La oficialidad y la tropa le son incondicionalmente adictas, tanto los tenientes jóvenes, siempre dispuestos a la crítica, como también los demás oficiales de la compañía, entrados ya en años y de probada pericia. Aprecian en él lo ponderado de su probidad al par que la naturalidad de su trato. Casi todos los de la tropa proceden del Palatinado y de Baden, tres. El comandante conoce a su gente y está compenetrado con todos ellos. Él también es de aquella región, oriundo de Mannheim. Es padre de tres muchachos rubios, y cuenta con una amplia experiencia de la vida. Adolescente aún, tomó parte en la guerra mundial; luego pasó tres años en el cautiverio inglés. De regreso a una Alemania completamente cambiada, pasó varios años de estrechez y de penuria.

Cuando recorre las posiciones del Puerto de Halfaya, con sus largos pantalones caqui, fumando un cigarro que nunca se apaga, y apoyándose en su bastón, más bien parece un labrador que al atardecer da una vueltecita por sus campos, contemplando la mies con confiada tranquilidad. De varias partes le llegan mensajes. Mueve la cabeza, pregunta, da órdenes y sube luego a su coche para volver «a casa». Pedro, el ordenanza, ya le ha calentado la sopa.

Hemos adquirido la costumbre de llamar «nuestra casa» a nuestra tienda de campaña o a la cueva, en la que nos hemos instalado, sin que por ello sintamos, ni mucho menos, apego alguno a parajes tan inhóspitos.

«¿Quiere Vd. tomar una taza de té en mi casa? Vivo aquí a la vuelta.»

Así suele decirse, aunque el convidado sabe desde luego, que no hay ni taza ni esquina. La invitación se contrae a beber en un vaso de aluminio café frío o té caliente, y que por todo asiento habrá una caja vacía, en cuyo borde superior hay, incluso, algún rudimento de respaldo.

Se ha pensado en recurrir a la habilidad de los carpinteros, y a la de los aficionados a improvisar toda clase de objetos de menaje. Unos se ocupan en hacer un banco; otros, con cajas viejas, hacen una mesa; hay quien presenta un tapete, hecho de un material que nadie acertaría a definir. Uno nos sorprende con unas esterillas de paja que adornan el suelo. No falan retratos del Führer.

La barraca del capitán Bach, única en su clase en estos parajes, ha sido levantada con lisas tablas de madera. Se compone de tres piezas. Levantando una manta de lana, se entra en la estancia del comandante. Su mobiliario consiste en un camastro de campaña con mosquitero, una mesa, un banco, y algunas sillas.

A la izquierda está el escritorio. Allí viven los ordenanzas y los radiotelegrafistas. El teléfono suena. La máquina de escribir martillea, y en el rincón juegan algunos una partida de naipes. Otro trata de sorprender por radio un comunicado especial. A la derecha están alojados el ayudante y el oficial-ordenanza. También allí hay dos camastros y una mesa, donde los dos toman juntos su comida.

Mas, como quiera que las tres piezas no están separadas unas de otras por medio de tabiques fijos, los ocupantes de los tres aposentos viven como separados por un biombo. Se oye perfectamente toda conversación y todo ruido, de manera que cuando el comandante Bach quiere estar realmente solo, tiene que salir de la barraca y pasearse por las posiciones.

A pocos pasos del blocao, el camino se despeña casi verticalmente. Una cañada angosta se extiende en dirección al mar. También el otro lado del valle se presenta abrupto. Un sendero

estrecho conduce desde el blocao, bordeando el peñón, a una saliente del mismo, en cuya roca viva se han cavado, por medio de dinamita, parapetos y abrigos de piedra, así como pequeños recintos. En la lejanía se mece la inmensidad del mar. Es un cuadro inolvidable. La arena que bordea el litoral, es blanca. Paulatinamente se vuelve rojiza, a medida que avanza hacia el terreno montuoso. Abajo se divisa un grupo de higueras, semejante a una salpicadura verde, en medio del paisaje. Luego aparecen las casas derruídas por los proyectiles en la parte baja de Sollum. A pocos pasos, el monte vuelve a presentarse en forma de pendiente escarpada. La carretera va serpenteando hacia arriba, describiendo curvas bastante atrevidas. Al atardecer, cuando la atmósfera adquiere una transparencia sorprendente, se divisa desde la meseta alta de Halfaya, casa por casa, la parte alta de Sollum.

Desde el puesto de mando del comandante, la carretera del Puerto de Halfaya conduce directamente a la altiplanicie. Mirando desde la altura del Puerto, el desierto se explaya hacia el sur y el suroeste; parece una tabla lisa. Solo adentrándose en el desierto, es como se echan de ver los leves accidentes del terreno en forma de ondulaciones y hondonadas.

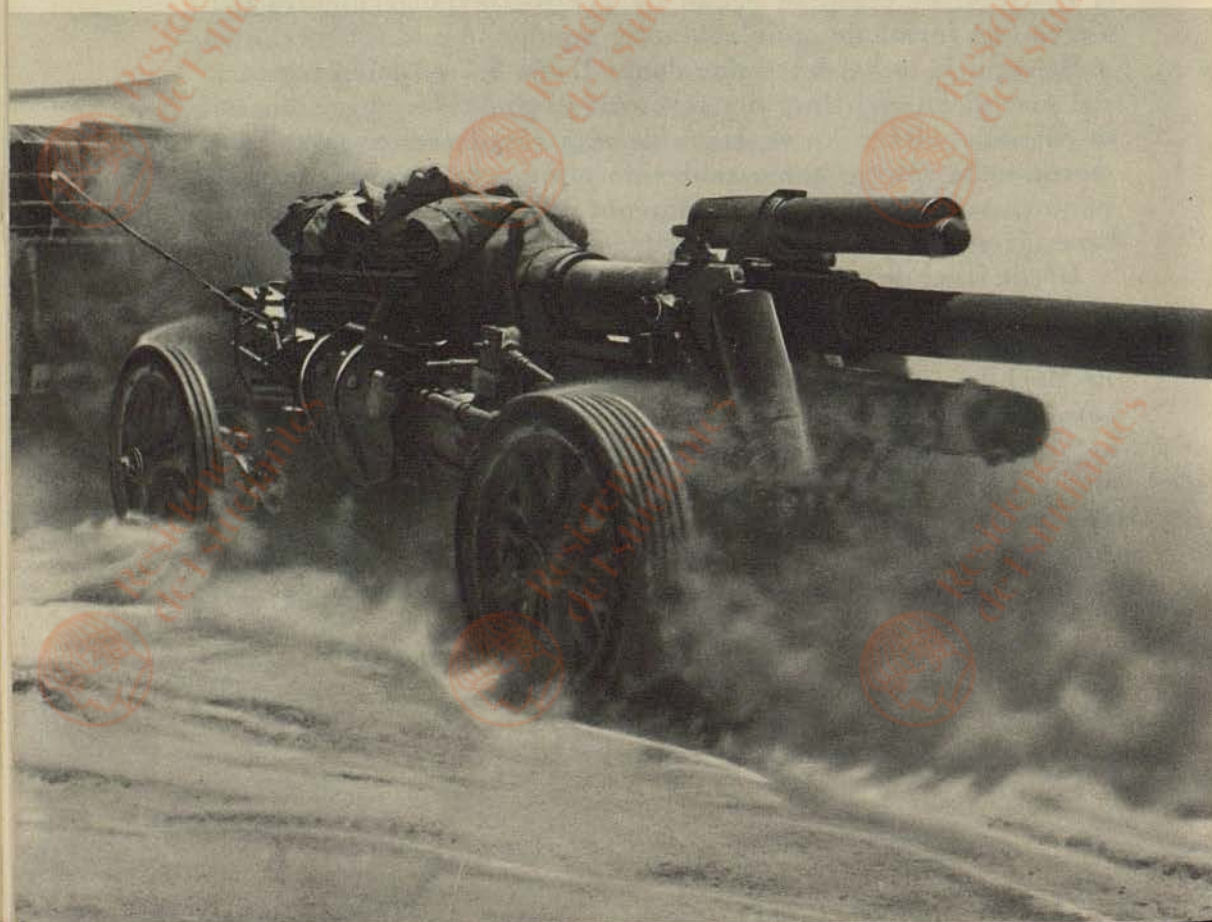
He aquí la zona del comandante Bach. La posición arranca del mar al pie del Puerto y termina, pasando por el mismo, en su meseta alta. No se trata de una fortificación cerrada y continuada; sólo se han establecido puntos aislados de apoyo y pequeños fortines, pertrechados por los cuatro costados, para hacer frente al adversario, acérquese del lado que quiera.

Desde fines de mayo, cuando el Puerto fué tomado por asalto, los alemanes, junto con sus camaradas italianos, se aprestaron a reforzar la posición, fortificándola cada vez más. Al batallón de Bach ha sido agregada una compañía italiana. Hay aquí una batería antiaérea y un destacamento de artillería italiana, la batería Pardia; son buenos camaradas y, juntos con su jefe, forman una unidad perfectamente avenida con los alemanes. Las noches en el Puerto de Halfaya son muy tranquilas. No faltan, sin embargo, sonidos extraños y desconcertantes: el grito de un ave, el aullido de un zorro que pasa junto a una cañada. En



*Marcha sobre una piste que cruza
el desierto de la Cirenaica.*

*Avanzando a través de arena,
polvo y calor.*



esta noche la oscuridad es completa. La vía láctea se extiende por el firmamento cual velo argentino.

La luz recorre por segundo 300 000 km., piensa el primer cabo Kröll, que ocupa su puesto de centinela en la noche del 14 al 15 de junio. Allí arriba hay estrellas, cuya luz ha viajado durante algunos millones de años hasta que llega a herir nuestra retina. Cuando esto sucede, la estrella misma quizás haya dejado ya de existir.

Kröll se sube el cuello del abrigo y aguza el oído. Camina de arriba abajo, para que el frío y el cansancio no se apoderen de él. De repente, con movimiento rápido, vuelve a bajarse el cuello y se inclina hacia adelante. Algo ha oído. ¡Condenado! Vuelve a escuchar atentamente. De nuevo se percibe un zumbido; después, un claro sonido metálico.

Kröll entra precipitadamente en el refugio. Avanza a tientas entre sus camaradas dormidos hasta llegar al suboficial. Le despierta y éste sube medio dormido con él. Un minuto más tarde se presenta el teniente ante el camastro del jefe de compañía.

Son las tres de la madrugada, cuando el teléfono hace saltar también de su lecho al comandante.

«¡Ruidos de motores en la llanura de la costa, mi comandante!»

También en la tercera compañía de la meseta alta percibieron el zumbido de los motores. Pero de momento, nada puede precisarse todavía. A las 4,30, el capitán Bach puede dar a la retaguardia la noticia de que a una distancia de 2 a 3 km. desde el suroeste, van avanzando unos tanques.

En la llanura del litoral se han atisbado asimismo los primeros tanques. En la avanzadilla hay un suboficial con sus hombres. Cual fantasmas, asoman los tanques de repente de entre las brumas matutinas. El suboficial cuenta hasta siete tanques, y deja que se acerquen hasta 200 metros de distancia. Luego, vigilando siempre, va retirándose al margen de un bosque. En esto, ve cómo se destaca de un valle lateral la infantería inglesa. Son indios. Distintamente reconoce el suboficial las caras ascuras con los turbantes grises. Dispara en el acto una

ráfaga de tiros con su fusil-ametrallador. Los indios desaparecen inmediatamente detrás de la rocalla en el pedregal. El pelotón y el suboficial llegan a reunirse sin incidentes con su compañía. El suboficial es el primero que puede presentar un informe concreto.

La muerte cabalgando por el aire

¡Un gran ataque! No cabe ya duda alguna. El capitán Bach chupa su cigarro. Pedro, su ordenanza, sin otro indumento que unos calzones, observa al comandante de reojo. ¿Que hará?

«Conque, dice el oficial, al fin ocurrirá algo. Voy a la tercera compañía. Les llevaré noticias, les recomendaré dejar acercarse al enemigo y entonces, ¡duro con él!»

Luego se va acompañado del oficial ordenanza. Ni sus palabras, ni sus movimientos revelan la más mínima intranquilidad o nervosismo.

A la altura de Puerto, antes de llegar a las posiciones, hay dos conos idénticos, semejantes a nueces, donde la compañía italiana tiene instaladas sus posiciones. El comandante Pardi, jefe de la batería italiana, agurda allí a su jefe. Brevemente se acuerda el plan de defensa. El italiano vuelve a reunirse con sus artilleros, mientras el capitán Bach echa una ojeada al llano de la costa.

En este momento son las cinco. Todavía reina tranquilidad absoluta. En el horizonte se divisa polvareda. El chirriar de los tanques en marcha es todo lo que se percibe. Mirando con los prismáticos, el comandante los ve distintamente. Primero los tanques y luego, detrás de ellos, camiones con infantería.

Los hombres de la tercera compañía están excitadísimos.

«Chico, lo que es esta vez, ya pueden prepararse.»

«¿A qué distancia están?

«Me parece que a unos 500 metros.»

«¿Comenzaremos pronto?»

«Tan pronto como lleguen. Primero hablarán los antiaéreos y luego continuaremos nosotros.»

Ninguno se mueve. Un silencio sepulcral reina en toda la posición. Los tanques se han ido acercando hasta 1200 metros. Detrás va la infantería. Los fusiles cargados y con el fiador puesto están a punto. Las manos pasan una vez más por la culata. Sólo esperan la orden. Reiteradamente se les ha inculcado economizar las municiones y no disparar más que a muy corta distancia. El blanco ha de ser absoluto, ha dicho el teniente.

Repple se enjuga el sudor de la frente. El calor es insoponible. Luego se estremece. Con un estrépito imponente, acaba de salir la primera granada del antiaéreo. Empieza la batalla. La muerte cabalga por el aire. Una tempestad de proyectiles. Detrás va la infantería. Los fusiles montados y en el seguro se desencadena. Rocas, arena, hierros, vuelan por el aire, proyectándose en el espacio cual hongos rojizos. Los monstruos van arrastrándose a través del fuego, en marcha uniforme. También la artillería italiana tercia en el combate.

Repple mira la altiplanicie que súbitamente ha adquirido vida y movimiento. Por doquier surgen surtidores. El aire vibra. En todas partes ruge el trueno, mezclado de silbidos estridentes y sordos aullidos, en términos de no percibirse la propia palabra. ¡Acercáos! piensa entonces Repple. Venid y veréis como os zurraremos el pellejo.

Pero el «Tommy» se hace esperar. Échase de ver que lo que los ingleses intentan es pasar por delante de la tercera compañía sin dar la batalla, rodear el ala derecha y copar la batería italiana, para atacar luego por la espalda al batallón desde la cota 194. El capitán Bach no hace nada para impedirlo. Hace ya mucho tiempo que su ala está reforzada y prolongada. ¡A él no se le hace una treta tan fácilmente!

La situación no puede ser más clara.

Entretanto, los tanques han ido acercándose hasta 400 metros. Detrás suyo aparece la infantería. Pero ¿qué significa esto? Marchan en formación compacta, como si el enemigo estuviese quién sabe cuán lejos de allí. Los «Tommys» avanzan a paso largo y tendido.

«¡Fuego!»

Los antiaéreos, antitanques y artillería disparan a más y mejor. Los tanques quedan inmóviles o giran en redondo y empiezan a despedir humaredas. Algunos tratan de escapar. En este momento intervienen también los antiaéreos ligeros y, simultáneamente, tabletean los fusiles ametralladores. Silbando penetran los proyectiles en las filas de la infantería inglesa. Repple, empuñando su fusil, dice: «Están perdidos», y dispara.

Los de allá caen segados en falange cerrada con los brazos extendidos o sobre sus rodillas, quedando luego tendidos. Los demás no piensan siquiera en cobijarse. Continúan avanzando a paso tendido y elástico, como si no hubiese ocurrido nada de particular. Nuevamente suena una descarga cerrada, nuevamente caen segadas las filas y nuevamente se desploman; la muerte se apodera de los cuerpos convulsos dejándoles tendidos para siempre.

Por fin se decide el enemigo a buscar refugio, y se cobija a 500 metros delante de las posiciones, detrás de un montón de piedras. Son las 7,40. 8 tanques arden, y un coche blindado de exploración y otro de transporte quedan hechos un montón informe. Los muertos yacen desparramados sobre el terreno. De vez en cuando, un cuerpo parece dar todavía señales de vida.

El sol quema a través de una neblina caliginosa y titilante, en términos de no poder distinguirse lo que pasa ni a 100 metros de distancia. El ataque ha sido rechazado. Del batallón inglés no han quedado sino escasos restos.

El alza 400.

Entretanto, también ha habido un encuentro con el enemigo en la llanura de la costa. Sin respirar casi, de puro excitados, los hombres de la primera compañía están agazapados en sus agujeros. 10 tanques avanzan hacia ellos. Ahora ya deben de estar pasando, ahora... ahora...

¡Al fin! Las minas, al volar, despiden humaredas de un gris oscuro. Cinco tanques inmóviles están ataxados. Kröll descarga un manotazo en la espalda de su vecino. Los tiradores

lanzan extrañas exclamaciones, palabras sin sentido que nadie entiende; pero no importa. El caso es desahogarse. . .

Dos de los mónstruos consiguen atravesar indemnes el campo de minas. Entre los dos frentes se cruzan disparos; también en las vertientes de la montaña se combate.

«Fijaos: por allí se divisa la infantería.»

«¡Si te creerás tú que en vez de infantes nos envían piojos!

Cual racimos humanos saltan los «tommys» de los camiones, empuñando sus fusiles y concentrándose, para encaminarse en formación hacia las cañadas. De lejos, se tiene la impresión de que se tratara de un hormiguero dispersado. En el mismo instante abre fuego la artillería alemana. Tan repentinamente pasan los proyectiles sobre la cabeza de los que ocupan la zanja, que éstos se agachan instintivamente.

A corta distancia, un sordo estallido arroja a gran altura una columna de tierra. El primer tiro ha hecho un blanco magnífico; una llama fulminante surge, seguida de una nube negra que se eleva en el aire. Luego se percibe la detonación de una serie de explosiones. Un coche de municiones ha desaparecido.

Los «Tommys» huyen a la desbandada arrojándose al suelo o corriendo alocados sin rumbo fijo. Granada tras granada, vuelan zumbando por el aire. El efecto de la metralla es terrible. Al rebotar contra el suelo duro, los fragmentos de hierro y piedras son lanzados a centenares de metros por el aire.

El enemigo no consigue avanzar un solo paso. Algunos grupos intentan aproximarse a nuestras posiciones pegados al suelo. Pero antes de poder huir son sorprendidos y caen para no volver a levantarse. La masa de los atacantes penetra atropelladamente en las cañadas protectoras. Tan inesperadamente como había sobrevenido el ataque de fuego, vuelve a reinar el silencio.

Pero es un silencio aterrador. Tanto en la llanura como en la alta meseta, todo movimiento queda paralizado. Sólo de tarde en tarde tabletea algún fusil ametrallador.

Hacia las 9, el capitán Bach ordena un contraataque. El comandante, con el cigarro en la boca, se coloca a la cabeza.

Antes de emprender el asalto, la artillería dispara un fuego concentrado y luego los fusileros de un brinco, se ponen en pie. Una docena de ingleses se levanta enseguida detrás de su montón de piedras, haciendo señales. Muchos se dan a la fuga, perseguidos por el fuego de los antiaéreos. Se hacen 67 prisioneros y quedan incautados mapas y órdenes que orientan sobre las intenciones del enemigo.

El sol ya ha llegado a su zenit. Todo movimiento requiere un esfuerzo penoso. A los «tommys» les pasa otro tanto. La lucha toca a su fin. El capitán Bach no sabe casi nada de la situación general. Sólo a raíz de la orden de que inmediatamente se ponga en marcha para Capuzzo una batería del grupo Pardi y un antiaéreo pesado, ya que el ataque principal tiende a concentrarse contra el fuerte de la frontera, acierta a barruntar, con visos de certeza, lo que está fraguando el enemigo. ¡Conque de ese lado sopla la tempestad!

Por la tarde intenta el enemigo, por segunda vez, atropellar el ala derecha de la posición de Halfaya. Las baterías inglesas pesadas ya habían arremetido nuevamente durante horas enteras contra la posición, y sobre todo contra las baterías del comandante Pardi. Luego se lanzó al ataque la infantería y otro tanto pasó, simultáneamente, en la faja de terreno de la costa.

Siguiendo su táctica, los fusileros dejan que se aproximen. Con ánimo sereno, confiando ciegamente en sus armas, están agazapados detrás de sus parapetos. Luchan en gran parte con el tronco desnudo. El aire hierve todavía bajo los rayos abrasadores del sol.

¡Alza 400! El martilleo machacante de los fusiles ametralladores y fusiles va mezclándose con el aullido de los proyectiles antiaéreos. El ataque del enemigo fracasa. A las 16.45 vuelve a imperar la calma; el Puerto de Halfaya permanece firme en nuestro poder. La tentativa de ir avanzando por las cañadas de la faja costera la frustra la artillería italiana; las granadas de Pardi explotan en medio de las compañías compactas del enemigo. Esa jornada del 15 de junio la habrá de recordar el



El trágico fin. Un bombardero británico, tipo Martin, abatido; en primer término, las tumbas de la dotación del avión.

Antiaéreo alemán ligero, en posición de fuego.



adversario mucho tiempo aún. Cuenta con 300 bajas aproximadamente.

Al atardecer, el cuartel de la división manda que Halfaya resista, cueste lo que cueste, y comunica que el contraataque a Capuzzo está progresando. Es ésta una buena nueva, aun cuando no hacía falta precisamente para mantener el ánimo de los defensores de Halfaya. Tan magnífico es su temple ahora como por la mañana.

Desde Musaid se percibe fuerte estruendo de combate. Con los prismáticos se divisan distintamente los blancos de la artillería. Musaid es un montón de ruínas, situado entre la parte alta de Sollum y Capuzzo, casi tocando la frontera. Si en aquel punto se lucha todavía, el contraataque a Capuzzo no ha dado por ahora felices resultados.

Por el momento, no habrá municiones ni agua ni víveres para nosotros. ¡Perfectamente! Nos arreglaremos como podamos. El capitán Bach entera de ello a los jefes. Economizar en todo, para que se llegue hasta mañana.

Todo se andará, contestan unánimes. Los infantes están sentados delante de sus zanjas y fortines de piedra. Comen pescado «a la Libia», o sea, sardinas al aceite. Estas se fríen hasta que no queda ya aceite. A base de un limón y un poco de fantasía, saben a pescado del Rhin, tierno y tostadito. Es un menú nuevo. Nadie sabe quien es el autor de tal receta, pero lo cierto es que no hay quien no lo haya probado.

Así transcurre el tiempo; la conversación recae siempre de nuevo sobre las peripecias del día, por más que todos ellos hayan sido testigos oculares de todo. Alegres y confiados esperan el día siguiente.

La noche se nos echa encima sin avisar. Destacamentos de exploradores se disponen a marchar. Los centinelas-escucha se dirigen calladamente al frente de la posición. El capitán Bach da sus últimas órdenes. Todos han de permanecer en su respectivo puesto de combate. No hay duda de que están incomunicados por completo, pero esto no causa al comandante le menor inquietud.

En un Mark II contra los ingleses

Era en la madrugada del 16 de junio, a las 6.50, cuando, en el preciso momento de encender su primer cigarro el comandante Bach, resonó el agudo sonido del primer proyectil. El enemigo había reforzado durante la noche su artillería, la cual, disparando sin cesar con horrible estruendo, transforma aquellos parajes en un verdadero infierno. El aire retruena y retumba. Los alemanes permanecen impávidos. Bien saben que sus posiciones son invulnerables. No en vano les protegen las vertientes rocosas y por algo sus trincheras han sido excavadas con dinamita en la roca viva.

Nuevamente avanzan columnas inglesas, subiendo por la vertiente a través de la garganta de las cañadas. Van espaciadas y avanzan pausadamente. ¡Fuego de dispersión! Con el fragor de la artillería enemiga anda mezclado ahora el de la nuestra.

El primer ataque ha fracasado. Cuatro veces más se repite lo mismo en aquel día, y otras cuatro veces queda destrozado el enemigo y obligado a retirarse con pérdidas sangrientas.

Hacia el mediodía vienen bombarderos a descargar sus bombas sobre las posiciones. Una de dos quintales cae al pie del coche de mando del comandante Pardi, penetrando profundamente en el terreno pedregoso, pero . . . no explota.

Al mediodía preguntan por radio, cuándo había logrado irrumpir el enemigo y por dónde. A lo que parece, ni los del regimiento, ni los de la división pueden creer que este solo batallón tenga arrestos bastantes para oponerse victoriosamente a la presión enemiga.

No se hace esperar una grata noticia: El enemigo ha sido batido cerca de Sidi Omar, muy desierto adentro, de donde debía partir la ofensiva inglesa contra nuestro flanco. El comandante Bach no podía darse cuenta todavía en aquel momento de que tal mensaje era de una importancia decisiva.

Sollum es causa de preocupaciones. A eso de las 10 pudieron observar desde el Puerto de Halfaya, cómo la artillería inglesa dirigía su puntería a la parte alta de la plaza y cómo la infan-



El soldado alemán es amigo de los animales; he aquí un camaleón que encontró un buen amigo.

tería penetraba en ella. Ahora tendrán al «tommy» directamente a su espalda. Si desde allí iniciara su ataque ulterior y avanzara a la vez con artillería, la situación podría ponerse fea para los alemanes. Conque: ¡a tomar medidas preventivas!

Inmediatamente se destinan a tal punto fusiles-ametralladores y un tren de reserva con la orden de proteger la retaguardia y rechazar a todo enemigo que trate de avanzar desde Sollum. En el llano hay buen campo de tiro. Si el «tommy» descendiese por las pinas serpentinas de la parte alta de Sollum, se le daría una bienvenida tal que se le quitarían para siempre las ganas de volver.

Otros cien muertos yacen ante nuestras posiciones. Pero el inglés arremete con una firme tenacidad contra su objetivo y vuelve a acercarse hasta los 500 metros. Esto determina otro contraataque.

Esta vez el capitán Bach hace avanzar un auténtico tanque mamut inglés que los alemanes habían cogido por sorpresa, completamente intacto. La cosa tenía cierta gracia pues el camión-cocina por rara coincidencia acertó a pasar por un punto, desde el cual el sargento vió parado un tanque inglés de los mayores, algo adentrado en una hondonada lateral. La dotación se había apeado y estaba dormitando.

¡Venga la pistola automática! El sargento se apea y se acerca a gatas. Luego se pone de pié, dispara por encima de las cabezas de los «tommys» y grita estentóreamente: ¡«Manos arriba!»!, grito que domina todo combatiente en Africa con maestría. Los tres completamente alelados, son invitades luego a subir al camión-cocina, y minutos más tarde, un tanque británico, ostentando la bandera de la cruz gamada, entra majestuosamente en nuestras posiciones.

Tras intensa preparación de artillería, se pone este tanque en marcha; detrás siguen zapadores e infantería. Al «tommy» le inspiran sus propios tanques-mamut un respeto mucho mayor que a nuestros intrépidos infantes. Porque, apenas ven venir el tanque cuando los «tommys» del primer destacamento de asalto levantan ya sus brazos. Entonces se produce de repente una avería en el motor y no hay maldición que valga para

hacerle avanzar un solo paso más. Los «tommys» bajan otra vez los brazos y empuñan sus fusiles. La tropa de asalto tiene que retroceder. ¡A esto se llama tener mala suerte! Pero de todos modos, el enemigo se ha visto obligado a retirarse unos cuantos centenares de metros.

En la tarde del 16 de Junio, vuelve a entablarse la lucha. Esta vez los ingleses han emplazado piezas de 12 cms. Durante hora y media abaten sobre nuestras posiciones un verdadero fuego graneado. Una batería del comandante Pardi recibe un blanco certero. Los artilleros italianos ni tienen tiempo de parar mientes en ello. En medio de la lluvia de fuego más intensa, disparan incesantemente tiro tras tiro, no dejando de darles la debida réplica.

Algo más adelante se ha instalado el observador de artillería. Ocupa un puesto elevado, construído a base de unas escaleras. Así es que aparece como suspendido en el aire, mientras a su alrededor vuelan los cascos con agudos silbidos. El oficial va dirigiendo su fuego como si estuviera en algun campo de instrucción de Ravena o Pisa.

Al intentar la infantería inglesa otro avance nuevo, fracasa también éste, bajo el fuego de la común defensa. Fué ésta una jornada dura para los ingleses, pues sufrieron 500 bajos o quizás más.

La situación en el Puerto de Halfaya se ha ido haciendo poco a poco algo crítica. Nuestra artillería dispone todavía de unos 600 disparos. También la munición de las demás armas empieza a escasear. Desde el domingo no hemos recibido ni agua ni víveres.

En esto, los aviadores arrojan un saquito con la noticia de que todo el éxito de la batalla dependerá únicamente de aquí en adelante de que el Puerto sea defendido a todo trance. Así, pues, se decide economizar municiones. He aquí la primera previsión. El comandante Pardi toma a la vez otra iniciativa. Manda en seguida un destacamento para buscar municiones que probablemente se encontrarán en alguna parte de «la tierra de nadie». Aparte de esto, prepara también una «pesca». Se habilitará un viejo velero. Durante la noche es posible arribar a Bardia y

traer de allí víveres. La idea no es mala. Su gente podrá navegar a vela o a remo, y si no saben, que lo aprendan, y si no aprenden, ¡que el diablo les lleve!

Nuevamente anochece. Capuzzo continúa en poder del enemigo. Existe la certeza de que éste, con contingentes bastante nutridos, trata nuevamente de avanzar por el terreno de la faja costera. ¿Qué hacer? ¿Abandonar las posiciones de abajo? ¿Dejar únicamente destacamentos de seguridad?

El capitán Bach rechaza tal propuesta, tanto más cuanto que un radio recibido a medianoche, le anuncia el transporte de municiones por vía aérea. Las bajas son escasas. En la primera compañía un proyectil hizo blanco dentro de la misma trinchera. La situación se presentaba grave. Luego resultó que el transporte de víveres había sido alcanzado por un proyectil quedando soterrado. ¡pero no hay como tener suerte! Nuestros hombres, armados de palas, están desenterrando ahora los víveres sepultados en la arena.

Un salto mortal para recobrar la libertad

Algo ocurre también arriba en la tercera compañía. Aparece de repente un camión que, haciendo rápidas curvas, pasa velozmente a unos 100 metros del centinela. Nadie sabe lo que esto significa y, cegados por el brillo del sol, no echan de ver hasta el último instante que se trata de un coche enemigo.

«¡Duro con él!» grita el suboficial. El fusilero levanta rápidamente su fusil-ametrallador. También el suboficial empuña el revólver automático. El polvo envuelve el camión en una nube espesa. ¡Maldición! La luz es tal que ni siquiera se puede apuntar debidamente.

En este momento alguien se lanza fuera del camión, dando una voltereta y quedando allí tendido cuan largo es. Luego se levanta una mano que agita un casco tropical.

«Emilio», dice el fusilero de la ametralladora, «éstos eran gente nuestra.»

«Tonterías! Son «tommys»: lo he visto claramente.»

«¡Te digo que éste es de los nuestros!»

«¡Y yo te digo que son tan idiotas que pasan por delante mismo de nuestras posiciones . . .» El suboficial acaba por dudar.

Entretanto se ha acercado el que se había lanzado fuera del camión. Su camisa está sucia y rota, sus pantalones cortos tienen una costra de lodo endurecido, — como les pasa a todos los demás también — y uno de sus zapatos está completamente destrozado.

«¡Imbécil! No podíais daros a conocer? ¿Cómo se os ocurre pasar delante de nuestra posición, cuando a 800 metros de aquí está el «tommy»?»

El saludo no es precisamente amistoso, pero el otro se ríe a mandíbula batiente y dice presentándose: «Soy el teniente Zahn. El camión era inglés con prisioneros alemanes.»

Los otros quedan boquiabiertos y lanzan mil pestes por haber dejado escapar al inglés. El teniente Zahn, a quien en Capuzzo el enemigo había hecho prisionero y quien ahora, recobrada la libertad, está sentado frente al comandante Bach, comiendo con gran avidez un pedazo de pan con carne en conserva, refiere a éste lo ocurrido. Apenas los ingleses habían dejado atrás Capuzzo con nosotros sus prisioneros cuando vieron como de repente un Hurricane se abatía sobre ellos, pasando al ataque en vuelo bajo. La situación era sumamente crítica. El conductor trató de escapar al ataque corriendo como un loco por la estepa, describiendo curvas de las más atrevidas, mientras los «tommys» gritaban desaforadamente, denostando a su arma aérea. Por fin escapamos al peligro, pero el conductor había perdido la orientación. ¿Dónde estábamos? La discusión se hizo violenta. Tercié en el debate y convencí a los «tommys» de que habían de dirigirse hacia el este.

Por de pronto había conseguido esto; pero si acabaríamos o no por enfilar el Puerto de Halfaya, como yo deseaba, esto sólo Dios lo sabía. Finalmente nos encontramos delante de unas murallas . . .»

«Quallala», interrumpió el capitán Bach.

«Si, pero los infantes de allí no se dieron cuenta de que era un camión inglés. Así es que pasamos de largo, cambiando de



El calor produce fresco. Un truco muy socorrido consiste en colgar las botellas de bebidas al aire libre envueltas en guantes o calcetines mojados. La evaporación refresca.

Aprovechando un breve alto en el camino para tomar un bocado apetitoso.



dirección y a mí me obligaron a echarme al suelo. Al cabo de dos minutos de máxima tensión de nervios, el camión se vió atacado por fuego de ametralladora. ¡Ahora o nunca! me dije, y resuelta y valientemente, me lancé de un brinco del camión en marcha vertiginosa, saltando por encima de la caja de atrás.»

El teniente Zahn calló. Pensó en sus camaradas, no tan afortunados como él que ahora iban camino del cautiverio.

Un día crítico en lo alto del Puerto

El último ataque del segundo día de combate fué el más grave. El batallón había tenido hasta entonces varios muertos y heridos. También los artilleros de los antiaéreos tuvieron que cavar tres tumbas. Produce un doloroso vacío el notar la falta de un camarada que momentos antes estaba todavía entre sus compañeros o de un amigo que estaba agachado a nuestro lado en una misma zanja... No es que se note sólo su falta en las filas, sino también en lo íntimo de cada uno. En silencio empuñan los hombres la pala...

La presión del enemigo ha ido intensificándose progresivamente. Todavía no se ve el final de la lucha. Sólo a las posiciones tan bien construidas se debe el que la granizada de fuego de las últimas horas haya resultado casi inofensiva.

Poco se sabe de la situación general. Cerca de Sidi Omar hemos derrotado al enemigo. Pero ¿no cuenta éste con reservas muy nutridas? ¿No podría causarnos todavía alguna sorpresa desagradable? ¿No podría intentar nuevamente un avance al despuntar el nuevo día?

Quallala, el pueblo árabe, con sus derruídas chozas redondas, ha sido reforzado en la misma noche, siguiendo órdenes del capitán Bach. Está situado a espaldas del flanco derecho descubierto. También allí podrá iniciarse mañana un ataque. Apenas tenemos ya agua. Por toda cena se ha vuelto a repartir esa carne de conserva que ninguno puede ya sufrir. Y a pesar de ello, oficiales, suboficiales y soldados, todos están orgullosos de

las proezas de esa gloriosa jornada. No hubo ni un momento de titubeo ni de desaliento. Cada cual está profundamente convencido del buen éxito final de la lucha. Por la noche están todos agazapados formando corro, recordando los incidentes del día y haciendo sus comentarios. Uno dice: «¡Suerte tenemos de dominar Halfaya topográficamente tan a fondo, para que no nos puedan venir con sorpresas!»

El batallón había ocupado esta posición poco antes del 10 de mayo. Era entonces un lugar desolado. En la alta planicie había unas ruinas de cuartel, entre escombros y basura. Todo ello sobre una roca pelada y expuesto a los ardores del sol. Mas abajo se divisaban unas miserables derruidas chozas de indígenas, y a los pies del peñón, en la ensenada del puerto, había estancada un agua hedionda. Por segunda vez había sido arrancada esta posición a los ingleses. Mas, ¡qué decepción la nuestra después que nos habíamos hecho la ilusión de encontrar aquí palmeras, agua, sombra, higueras...! El panorama que se ofrecía a nuestra vista, no podía ser más desolador...

Entonces quedaron las posiciones inglesas reducidas a la del Puerto de Halfaya. Si el enemigo se hubiese mantenido quieto, si no hubiese molestado sin cesar a los alemanes con sus patrullas de observación y, finalmente, con su ataque a Capuzzo a mediados de Mayo, aún hubiera cabido en lo posible que le hubiesemos dejado su altura. Pero tal como se hallaban las cosas, le dimos la debida réplica, arremetiendo contra sus posiciones en el Puerto, en cuya acometida el batallón de Bach nos prestó también su ayuda.

«¡Fueron siete tanques ingleses!» Repple señala un lugar a sus espaldas. «Los estoy viendo todavía como si fuese ayer. A la luz crepuscular los ví avanzar de repente, pasando por el borde de la cañada. ¡Qué maña nos dimos en desaparecer! Nos metimos bajo tierra como por encanto. Pues hay que tener en cuenta que no teníamos arma alguna con que arremeter contra ellos. Chicos, incluso nuestros tanques procuraban trasladarse a sitio menos borrascoso, al rasgar el espacio los primeros proyectiles de a 4 cms. Desde 300 metros de distancia, nos endilgaban sus disparos. El camarada J. de la pieza antitanque cayó ya a los

primeros fuegos y Ürdlein, el austríaco, disparó todavía a una distancia de 350 metros. El «tommy» tenía ya cuatro impactos en la torre, pero sin darse por entendido, continuaba avanzando, como si nada ocurriese, hasta los 250 metros y no retrocedió hasta que el teniente Hofmeis le hizo un blanco más que regular.»

«No hay ninguno que olvide tan fácilmente el 26 de mayo. Para nosotros ya no había manera de huír. El teniente había enterrado incluso los documentos y todos nos figurábamos que nuestra última hora había ya sonado. Y después de todo ello, y de tanto disparo como nos prodigaron, resultó que no había pasado nada de particular.»

«Al camarada J. le enterramos al fin de aquella memorable jornada.» Al llegar a este punto, enmudecieron. Luego, evocaron la noche en que volvieron a atacar. El enemigo estaba apostado a 800 metros de distancia. Disparamos contra él una ráfaga de proyectiles y, a continuación, nos lanzamos al ataque. Tuvimos que retroceder. El sudor nos impedía ver con claridad y nuestra respiración era dificultosa. Entretanto los antiaéreos y ametralladoras disparaban rabiosamente.

Más tarde volvimos a lanzarnos contra ellos, llegando hasta las alambradas. Ya oíamos sus charlas y risotadas, cuando nos alcanzó la orden de distanciarnos del enemigo. El contraataque se aplazó, pues, hasta el amanecer. Retrocedimos silenciosamente. Nadie durmió en aquella noche. Hacia la madrugada, la temperatura bajó de tal manera, que todos tiritábamos de frío. A las 4½ llegó la orden de ataque. Era el 27 de mayo.

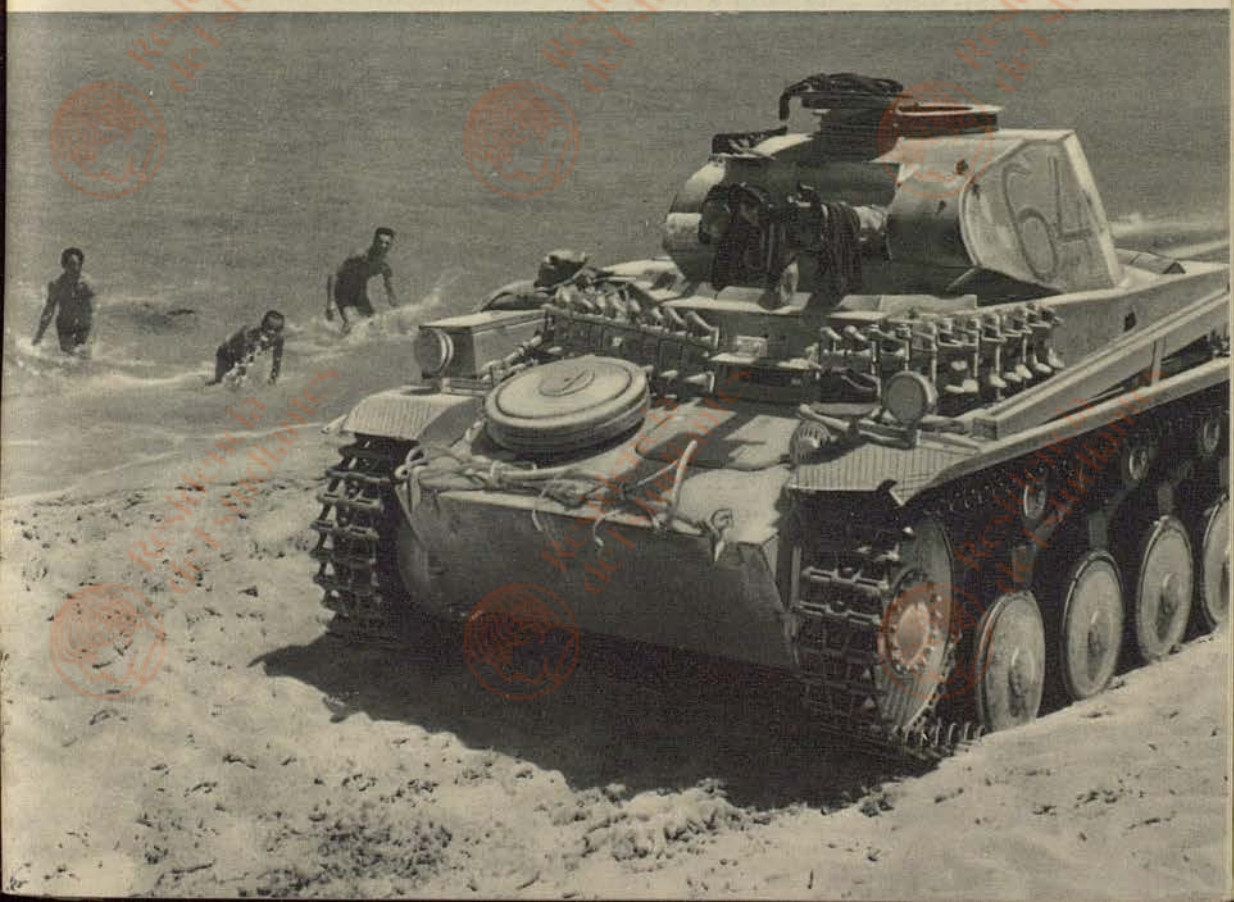
«¿Volveremos a encontrarnos frente a un caso tan estupendo como aquél?» Repple dejó vagar su mirada por el llano de la costa; el mar oscuro hacía resaltar la blanca salpicadura de su oleaje. Después continuó:

«En cuestión de segundos arrollamos los primeros nidos. Luego nos lanzamos al borde de la altiplanicie, o sea, al paso que da acceso a la costa. Allí vimos al enemigo casi al alcance de la mano, huyendo como podía, a la desbandada, en coche y a pie, uno tras otro. Todos los que estábamos allí, oficiales y soldados, empuñamos el fusil-ametrallador, pasando incesante-



El aseo ante un pozo del desierto.

*Playa de estacionamiento con baños de mar.
¿Qué más se puede pedir?*



mente los peines por la piezaguía y abatiendo sobre aquel mar de fugitivos una tempestad de proyectiles. Nuestros primeros grupos se lanzaron al atajo para cortarles el paso, y si en aquella hora hubiésemos tenido al alcance nuestros coches, no se habría escapado ni uno solo. Un oficial nuestro acertó a apoderarse de un coche enemigo y se lanzó con él contra los ingleses. Como el vehículo no llevaba contraseña, el valiente militar sucumbió en cumplimiento de su deber.»

«Otro detuvo a un puñado de «cascos redondos.» «¡Manos arriba!» les gritó, pero un revólver automático disparó a 20 pasos contra él, dejándole la espalda completamente destrozada. Entonces nuestras pistolas automáticas les dieron la merecida réplica y la mayor parte de aquél grupo cayó segada. Tres oficiales ingleses y 14 hombres levantaron entonces las manos, salvando así sus vidas.»

«De haber dispuesto en aquel día de nuestros antiaéreos y tanques, habríamos avanzado hasta Sidi Barani.»

«Desde entonces conocemos todo repliegue del terreno por aquellos andurriales. Resultó que habíamos apresado 9 cañones y 7 carros blindados.»

«¡Nada! ¡Mañana avanzaremos nuevamente!» Se despiden y se encaminan cada uno a su respectiva posición. Uno vuelve a llamar.

«¡Emilio!»

«¿Qué hay?»

«¿Cuál es el santo y seña?»

«Sardina frita.»

«¡Está bien! Adiós.»

«¡Adiós!»

Cien tanques enemigos aniquilados

En la cota 204, los carros de combate se colocaron el 16 de Junio por la noche en posición de erizo. Al mediodía siguiente, después de frustrada la tentativa de rescatar Capuzzo, volvieron a reponer municiones y a hacer acopio de gasolina. La batería Schwabach, con sus tres cañones, volvió a aprestarse al combate.

Protegidos por fuego de artillería, pasan a ponerse en posición en la cota 208. Una granada pone entonces fuera de combate a nuestro tanque de mando. El oficial ordenanza desciende, bañado en sangre, en tanto que el comandante se desploma en la torre. El ayudante y el oficial del servicio de transmisiones se apean. ¡Gracias a Dios! Las heridas no son más que leves.

En el sur, en el sector del frente a la extrema derecha, los grupos combatientes se encuentran desde aquella mañana igualmente en contacto con el enemigo. Cerca de Sidi Omar alcanza al adversario la primera embestida. De nada le sirve oponer una resistencia valiente y encarnizada, como sucede en todas partes en estos días. El enemigo es batido. Luchan contra él nuestros combatientes más aguerridos y veteranos del Cuerpo Expedicionario de Africa.

Por la noche recibe Wavell el comunicado de su 7ª división de tanques blindados. Más de 100 tanques han sido aniquilados; urge el reabastecimiento de tanques y municiones. Los ataques contra el Puerto de Halfaya han sido rechazados.

Así, pues, sus columnas están confinadas al llano de la costa, sin poder avanzar ni un solo paso, y esto ¿porqué? La culpa de todo lo tiene el maldito Puerto de Halfaya. Los ingleses lo llaman «hellfire» o sea, «el paso al fuego del infierno».

Hay noches de un encanto indefinible y una de ellas es la que nos embelesa hoy. Trás jornadas de ruda batalla, sus efectos son todavía más reconfortantes y restauradores. Todo ha enmudecido. Nadie diría que estamos en plena guerra. El hombre vuelve a ser lo que es: ¡hombre!

El aire es fresco, ¡al fin! Por la llanura rumorea un viento fresco. El jefe de batería duerme tranquilamente al lado de su coche. Apenas se había echado, quedó profundamente dormido. A su lado está el espantamoscas.

Las dotaciones pasan por entre los tanques, encaminándose al coche-cocina con sus cantimploras. Las gargantas están completamente reseca. El contenido de una botella es para ellos como una gota sobre hierro candente. El cuerpo vuelve por sus fueros. Una sed devoradora, casi inextinguible, es lo único

que domina a cada uno de los soldados. Luego se envuelven todos en sus mantas. Algunos, incapaces de dar un paso más, se dejan caer como muertos allí donde se encuentran. Su sueño es parecido al de la muerte, de una extenuación completa.

Los centinelas están en su puesto inmóviles. En el horizonte, una llama brilla con más intensidad que todas las estrellas. Los centinelas la contemplan. El incendio llamea en terreno enemigo. Sólo se oye el leve rumor procedente del coche de la radio.

¡Adelante los antiaéreos!

A las 4 de la madrugada todo está ya a punto. Estamos a martes, 17 de junio, tercer día de combate. Al despuntar el día, se ponen en marcha los tanques, siguiéndoles a corta distancia, debidamente escalonados, un destacamento de exploración y motociclistas. Los antiaéreos acompañan la primera escuadra de carros de combate. La lucha empieza de nuevo.

Ya en las primeras horas de la madrugada se hace difícil distinguir quien es amigo o enemigo; éste puede asomar en cualquier punto inesperadamente. Suele ocurrir que aunque parezca que se retira de un punto cercano, al poco tiempo reaparece de nuevo en otro punto donde menos se le espera. Pues, por llano que parezca el desierto, en realidad no lo es: existen ondulaciones de terreno e incluso elevaciones dilatadas, muy difíciles de distinguir bajo la luz cegadora del sol.

Nuestros tanques avanzan, formando amplia falange. Las piezas antiaéreas quedan emplazadas a 200 metros de la primera línea de tanques. Siete tanques enemigos quedan fuera de combate y en nuestras manos cae su batería. Nuestros tractores avanzan rápidamente, enganchan las piezas capturadas y las remolcan, poniéndolas fuera del alcance del fuego furioso del enemigo, hasta ponerlas a salvo detrás de la alambrada. No volverán ya a molestarnos.

Un cuadro inolvidable se ofrece a nuestra vista. En amplio frente se extiende el baluarte de acero de nuestros tanques, los cuales, disparando y avanzando sin cesar, no pierden contacto

con el enemigo, en plena retirada. Diseminadas entre ellos y emplazadas delante de ellos, vuelven a asomar por doquier las piezas antiaéreas, en tanto que las de nuestra artillería siguen directamente detrás de los tanques. El aire está lleno del fragor de la desencadenada lucha de artillería cuyos proyectiles estallan, produciendo un aquelarre de disonancias, a cual más estridente. Los rebotadores hienden el aire con chasquidos penetrantes.

El jefe de la división está entre los de la primera línea. Tiene empeño en estar al lado de sus valientes, siguiendo así una tradición que, en el ejército alemán, ha llegado a revestir las características de una ley no escrita.

Nuevamente, los tanques británicos se han opuesto al avance de los alemanes y nuevamente nuestros antiaéreos han de arremeter contra ellos, arma ésta que, mejor que otra alguna, puede herirlos de muerte al primer disparo. Lentamente, nuestros tanques van adelantando con precaución, parándose de vez en cuando, disparando y aproximándose cada vez más al enemigo. El blanco que ofrecen es insignificante. Su forma es relativamente baja y la recia cúpula blindada casi invulnerable. Las orugas están resguardadas por planchas macizas de acero.

El jefe del sector, Fromm, acompaña sus baterías y dirige el combate. Despreciando los disparos, pasa de una batería a otra, acompañado siempre de su coche de radiocomunicación. El primer teniente Schwabach, cuya camisa de seda se ha ido haciendo más oscura que el mismo polvo del desierto, continúa empuñando impertérrito su espantamoscas consistente en un palo, en cuyo extremo hay anudadas varias tiras largas estrechitas de cuero. Tal artefacto es bastón de mando y arma a la vez en la incesante guerra contra las pegajosas moscas que no les dejan ni un momento de reposo.

Sin titubear, proceden los soldados a un cambio de posición en medio de una tempestad deshecha de proyectiles. Todo va con una precisión matemática. Preséntase el tractor al que se engancha el cañón y ya se lanzan a plena marcha contra el enemigo. Se repite lo que desde hace ya tres días han practicado siempre de nuevo; el tractor se desvía, el equipo se apea, se

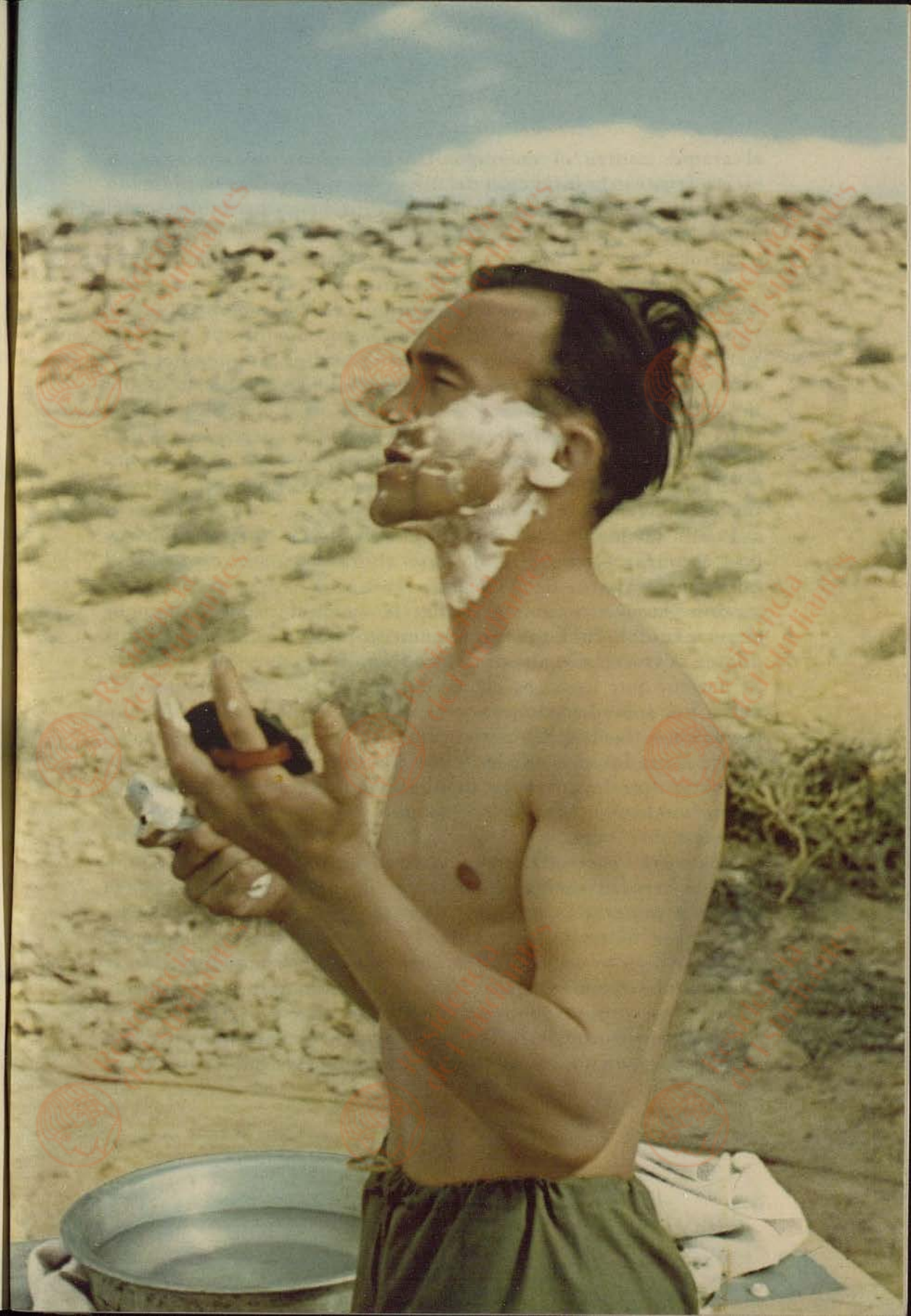
abalanza sobre la pieza y en menos de un segundo ésta queda ya emplazada definitivamente. Las cestas de municiones se han vaciado. En el mismo instante, se indican los alzas y ya sale el primer disparo.

Los tiros se suceden sin interrupción. A los artilleros anti-aéreos les embarga la certeza absoluta de su triunfo. Que el enemigo dispare cuanto le dé la gana; lo que es nuestro cañón . . . ¡nadie podrá con él!

Al reventar la granada, el tanque inglés gira alrededor de su eje; en un costado luce un agujero del tamaño de un puño. Se levanta una columna de humo, fuego y espeso polvo. Tres hombres saltan de la torre para quedar tendidos bajo la acción mortífera de nuestros disparos.

El enemigo se defiende desesperadamente ningún disparo nuestro queda sin contestar; luchando valientemente hasta su último aliento. Con todo, no le queda más remedio, gravemente maltrecho como está, de batirse en retirada. Los alemanes le persiguen sin punto de reposo.

De repente, se adelanta a toda marcha la batería de Schwabach. Ha descubierto un hueco abierto en el flanco del adversario y quiere fijarle en aquel punto para cortarle la retirada. Sea que los tanques no puedan seguirle con la misma rapidez o que están demasiado ocupados con el enemigo, para darse cuenta de momento de la intención de Schwabach, lo cierto es que al poco tiempo las dos piezas se hallan solas a dos kilómetros de distancia delante del propio frente. En este momento, el enemigo trata de cercarles. Se figura tener en su mano, por fin, la posibilidad de rechazar la peligrosa acometida de los tanques alemanes. Disparando con todas sus piezas concentra su fuego en los anti-aéreos alemanes. A la primera embestida, un blanco certero penetra en el coche de municiones. Como resultado del estallido en torno al tractor remolcador, no se ve más que una lluvia de fragmentos de hierro, de fuego. Los artilleros se ven precisados a buscar protección y a saltar delante del cañón. Desde aquel momento, no disponen más que de la segunda pieza. Pero ni siquiera vuelven por eso la vista hacia atrás: saben que no es en la propia seguridad en la que han de pensar, sino tan sólo en



el ataque contra el enemigo. De este modo, se consigue en efecto frustrar la intención del adversario, el cual se ve obligado a desistir y retirarse luchando. Al llegar luego los tanques alemanes a aquel punto, se apresuran a poner la segunda pieza en seguridad.

Siete tanques británicos, seis carros de combate y un coche blindado de observación están aniquilados. El enemigo retrocede. Sus pérdidas en este sector han sido cuantiosas en todas partes, su espíritu de lucha está quebrantado. Lo que ahora intenta son las últimas tentativas desesperadas para no sucumbir del todo.

La jornada es un título de gloria para los antiaéreos alemanes. 92 tanques y 9 piezas se ha apuntado en estos días de combate esta sola agrupación, y de éstos corresponden a la batería de Schwabach nada menos que 34 tanques.

Por la tarde, el arma aérea inglesa vuelve a intentar una vez más conjurar el desastre. Pónese ahora de manifiesto que el enemigo se bate en retirada. Al arma aérea, en concentración numérica nunca vista, le compete ahora detener al perseguidor. En este mismo momento, nuestros Messerschmitt abaten 3 Hurricane alcanzando así ya el 36° derribo; entonces se percibe por los aires el peculiar ruido de los bombas arrojadas. Los soldados conocen perfectamente este sonido. Momentos después, las bombas revientan, primero entre los motociclistas y, segundos más tarde, entre los tanques alemanes. Entre las nubes que levantan las bombas al estallar en serie, desaparecen hombres y carros. No obstante, únicamente se registran unos heridos leves.

Dos veces más realizan vuelos de aproximación. Pero las bombas que arrojan caen muy distantes de donde estamos. Luego vuelve a imperar la quietud. Respiramos y seguimos adelante.

Al caer la tarde, asoman a la derecha tanques alemanes. Es el regimiento vecino que se abre camino persiguiendo al enemigo implacablemente, tras haberle asestado golpes muy duros; ahora, desviándose, avanza con rumbo a Puerto de Halfaya.

En el horizonte de la inmensa llanura se ven, envueltas en resplandor rojizo, casas árabes abandonadas. Súbitamente se

levanta una nube de polvo. Siete tanques británicos, hasta entonces escondidos al amparo de un montón de piedras, se arrastran pesadamente tratando de escapar. Nuestros antiaéreos les alcanzan en su avance, entablándose una breve lucha. Ni uno sólo de los tanques ingleses escapa.

Aviones sobre el Puerto de Halfaya

Por tercera vez, desde que dura la batalla, sale el sol sobre el Puerto de Halfaya. Sus rayos iluminan los ámbitos del vasto desierto. Las montuosidades de la meseta empiezan a destacarse en medio de la penumbra crepuscular. La cumbre de los montes aparece sumida en tonalidades rojizas. Unicamente las cañadas yacen envueltas todavía en sombras entre grisáceas y oscuras. Bajo la primera luz del día, sus contornos aparecen todavía más escarpados y primitivos. Las vertientes ofrecen un aspecto fantástico. Durante incontables milenios, la fuerza del oleaje las ha moldeado por igual. El sol, las tempestades y las lluvias diluviales han erosionado la roca, vaciándola y acabando por formar crestas agudas o por perforar la roca viva, dejando expuestos al aire bancos de conchas y de caliza.

El capitán Bach ha tenido poco tiempo para descansar en aquella noche. Verdad es que ya el día anterior fueron pertrechadas las vertientes al norte de Quallala, pero el comandante en persona se fué durante la noche a cerciorarse sobre el terreno del valor práctico de las posiciones y dar las últimas órdenes. Por sonoro que sea el nombre, no por eso deja de ser desolador ese montón de piedras que en otros tiempos debe de haber sido un pueblo árabe. ¿Ha habido ahí algún día agua potable? Por todos partes encontramos pozos en el desierto. Lo cierto es que desde hace decenios, esas cuevas rocosas que suelen penetrar a bastante profundidad en la tierra, no contienen nunca agua. Deben de haber pasado largos períodos de tiempo, desde que esos parajes han dejado de ser poblados.

También el llano de la costa está asegurado contra un posible ataque por la espalda. Una sección de la compañía

italiana que ha sido agregada al batallón alemán, fué trasladada a dicho punto con el frente orientado en dirección a Sollum.

Al romper el día, destacamentos exploradores inician sus movimientos. Poco después de las cinco avisan que se observaban su marcha hacia el este. ¿Qué significa esto? ¿Es que el enemigo evacua el frente? En tal caso, también Sollum quedaría libre de huestes enemigas. Pero los exploradores comprueban que en Sollum continúa ocupando la parte superior el «tommy», aún cuando su fuerza, comparada con la del día anterior, hubiese menguado.

También los italianos están a su vez explorando el terreno. La compañía explora las cañadas, en las que el día antes los «tommys» habían sido batidos. Catorce de ellos quedan ahora hechos prisioneros por el destacamento italiano. Se logra a la vez un rico botín de fusiles antitanques, ametralladoras, fusiles y municiones, complemento satisfactorio de los propios pertrechos. Al mismo tiempo se entierran 98 muertos, cuyo hedor se notaba ya en la misma cima del Puerto. Son indios. Queda confirmado por tal hecho lo que ya en días anteriores se había podido comprobar, o sea, que el inglés únicamente recoge y se lleva los muertos de su raza, dejando abandonados en el campo de batalla los de color.

Un destacamento explorador de la batería del comandante Pardi había ido a primeras horas de la madrugada en búsqueda de municiones. De no hallar nada, no quedaría más remedio que armar algún velero para llegarse a Bardia. Nuevamente tienen suerte los valientes de Halfaya. En una cañada son descubiertas y trasladadas en el acto, municiones para 600 disparos de artillería. Gracias a ello, la batería podrá ahora hacer fuego sobre la caravana de camiones en retirada. Quedan a disposición otros 1300 disparos, lo suficiente para preparar al inglés otra jornada movidita si no tuviese ya bastante con las anteriores.

Estando ya todo preparado, aparecen sobre el Puerto de Halfaya aviones alemanes que describiendo varias curvas, van descendiendo cada vez más, saludando a las posiciones alemanas

con el meneo de sus colas. A la vez se desprenden de los aviones hasta 8 bultos, sujetos a paracaídas, los cuales, por efecto de la carga se van abriendo y descienden sobre la posición de Halfaya. Contienen municiones para los antiaéreos y las compañías de infantería.

Centenares de ojos contemplan el inusitado espectáculo. Es lo que más falta hacía, si la posición había de persistir eficazmente en su acción de defensa. Mas, de momento nadie pensaba en el contenido de esos bultos; la tropa se inclinaba más bien a creer que se había restablecido el contacto directo con el frente y las fuerzas de retaguardia. Todos tenían la impresión de que se había pensado en ellos.

«Quizás» dice el capitán Bach una hora más tarde, «vuelvan después, trayéndonos agua y avituallamiento». Ambos elementos han ido ascaseando considerablemente. Por la mañana todavía había habido un trago de té para cada uno, lo preciso para enjuagarse la boca. Esto había sido todo. Para gargantas reseca y estómagos vacíos, significaba esto tanto como nada. Y sin embargo, había que apechugar con ello. Donde no hay nada, ni el capitán más intrépido puede exigir algo.

Por lo demás, no quedaba ya ni tiempo material para ahuyentar la sed, lanzando maldiciones. No bien se había acabado con el acarreo y reparto de municiones, cuando el aire volvía ya a estremecerse por el vuelo de los primeros proyectiles. Eran las siete. La batalla comienza de nuevo.

El último ataque

Media hora más tarde, el enemigo vuelve a la carga, haciendo otra tentativa más para atacar en el llano de la costa. Los antitanques empiezan a abrir el fuego. Cuatro tanques ingleses son aniquilados. El fuego penetra luego en las filas de la infantería, que sigue detrás en masa compacta. Es un espectáculo espeluznante. Pero así lo han querido y, a lo que parece, todavía se figuran poder arrojar a los alemanes de sus posiciones.

El fuego de las ametralladoras pasa sobre el campo intermedio. El jefe de compañía, empuñando en una mano el auricular y en la otra los primáticos, observa atentamente. Su sector se extiende hasta el borde de las cañadas, pero su presencia no es allí necesaria: sus soldados cumplen con su deber como buenos y valientes.

¡Fuego! El primer «tommy» tambalea, luego cae de rodillas y queda tendido. El segundo y tercero han caído también heridos de muerte. Nuevamente el fusilero de la ametralladora cambia de blanco.

¡Fuego! Aun tendidos en el suelo, ofrecen un blanco suficiente. Kröll tiene en su mano ya el nuevo peine. El terreno no brinda protección. En su derredor hay un zumbido de balas como de grandes enjambres de abejorros. En este momento, el enemigo ceja en su empeño y empieza a huir, buscando protección en las cañadas, ahuyentado por la misma muerte que a cada paso hace nuevas víctimas. Es el último ataque al que se lanza. Sus arrestos se han agotado. No puede más.

Hacia las 10, se percibe desde el sur y el oeste fuerte estruendo de combate al pie del Puerto de Halfaya. No se puede descubrir nada con la vista. Desde hace dos horas, el sol está jugando con aire, tierra y hombres. En la llanura va dominando un ruido sordo y apagado como de lejano fragor. Para los combatientes del Puerto de Halfaya es la música más grata que jamás han oído, pues ahora saben de cierto que tropas alemanas están en camino y que no tardarán en llegar.

Como después del ataque contra las posiciones del Puerto de Halfaya nada había vuelto a turbar la quietud, sale un destacamento de exploración y comprueba que, efectivamente, el adversario ha renunciado a la idea de atacar de nuevo. Únicamente en las cañadas hay todavía infantería enemiga. El capitán Bach ordena entonces disparar contra éste fuego de ametralladora para molestarles un poco.

A las 11 les alcanza la noticia de que Sollum había sido evacuado. El enemigo abandona ya Musaid, un montón de piedras, situado entre la parte alta de Sollum y Capuzzo. También en dicho fuerte parece que el enemigo está a punto de



retirarse. Ahora no cabe ya duda alguna de que el enemigo está batido. El cerco de Puerto de Halfaya ha sido roto.

Tal noticia se divulga con la rapidez del rayo, de puesto en puesto de combate, de trinchera en trinchera. Entonces, llenos de orgullo y alegría, cunde en todos el deseo de lanzarse en persecución del adversario, entablar lucha cuerpo a cuerpo y propinarle un recuerdo para hacerle perder las ganas de volver a estos parajes. En la lejanía vuelven a levantarse nubarrones de polvo. Los ingleses se retiran en huida precipitada con armas y bagajes.

Pero, ¿qué puede hacerse? El batallón, desgraciadamente no dispone de camiones. Estos están muy distantes, a retaguardia; por lo tanto no disponen de elemento alguno para cortarles el paso. Sobreexcitados miran todos fijamente hacia el oeste. La artillería dispara sin cesar con todos sus cañones en dirección a los nubarrones de polvo. Pero, por certera que sea su puntería, — en estos días lo ha demostrado hasta la saciedad la sección de Pardi — ese maldito sol impide toda visualidad, fijación de distancia y observación.

Más tarde se consigue apresarles algunos camiones. No pudieron hacerse prisioneros, porque los «tommys» se encaramaban a cualquier camión que pasaba. El número de los camiones que huyeron al interior de Egipto es aproximadamente de 300.

El cerco está roto

Al cabo de otra hora, dos nuevas columnas de polvo avanzan hacia Quallala. Toda la tropa ocupa sus puestos. Los jefes de compañía y de sección observan el campo. Imposible es reconocer más que dos monstruos negros, de contornos imprecisos y al parecer dimensiones gigantescas que se aproximan con vertiginosa rapidez.

¡Coches de exploración blindados alemanes! Nadie sabe quien ha lanzado primero tal grito. Como si se tratara de obedecer a una consigna de mando, todos a una abandonan sus posiciones y corren al encuentro de los coches.

Al sargento Barlesius el primero en restablecer la comunicación con los camaradas incomunicados del sector Halfaya, le cuesta trabajo abrirse paso hasta llegar al jefe de compañía, a quién se presenta. Los apretones de mano no acaban nunca; todos quieren saber lo que pasa en el resto de la división y cada cual desea a su vez contar lo acaecido en estas memorables jornadas.

Barlesius se presenta luego telefónicamente al capitán Bach. Este orienta al sargento sobre la situación. El adversario ocupa todavía la parte anterior de las cañadas, por el lado del sector costero, con fuertes contingentes de infantería.

«Cuando lleguen los primeros tanques» dice el capitán Bach, «podremos pensar en desalojarles de allí. Pero han de estar aquí antes de anoecer: de lo contrario no podremos ya cogerles.»

Un acontecimiento satisfactorio no llega nunca solo. Primero llegan los camiones del tren de reaprovisionamiento. Primero, se almacenan las municiones. Después se procede al reparto de vituallas y de un rancho caliente, el primero desde hace tres días. Café, hay en abundancia. Ahora puede reanudarse la lucha con nuevos bríos.

Nuevamente se elevan nubes de polvo. Llega el primer destacamento de tanques con el jefe de división a la cabeza. El capitán Bach se presenta, facilitando un parte breve y conciso. Luego llega el teniente coronel Knabe. A éste le han otorgado la Cruz de Caballero. El jefe de división se acerca a él y quitándose del cuello la Cruz de Caballero, se la impone al teniente coronel.

Cubiertos de una costra de polvo, quemados por el sol, con los rostros surcados por líneas que revelan la extenuación producida por jornadas de un máximo e incesante esfuerzo, los oficiales están ahora frente a frente. La tropa se ha cuadrado. Todos conocen al teniente coronel. Jefe ejemplar e intrépido, tuvo en su día parte decisiva en la toma del Puerto de Halfaya. Y los testigos de esta distinción, se sienten llenos de un grande y legítimo orgullo.

A las 18 se procede al despeje de las cañadas. Una compañía de infantería ataca desde la altura, en tanto que los tanques van cercando al enemigo. El capitán Bach se ha metido en su blindado coche de mando. Es para él cosa lógica ponerse a la cabeza de los tanques para señalarles el camino.

Es más o menos un batallón enemigo el que se ha atrincherado en las hondonadas; inmediatamente comienza la lucha. Empieza entonces a desarrollarse el último episodio de la gran batalla de los tres días.

El sol ha traspuesto ya las alturas de Sollum. Sombras grises van descendiendo al fondo de las hondonadas. La atmósfera, momentos antes todavía diáfana, adquiere tonalidades de penumbra. Entonces estalla de repente el fragor de la lucha. Intervienen los antiaéreos, ametralladoras y los cañones de los tanques. Sus proyectiles se ahuyentan unos a otros, iluminando el firmamento vespertino. Se ciernen primero encima de las cañadas, para descender luego en declive casi vertical.

En un punto del desierto arden tanques enemigos, despidiendo llamas rojas. En todo el extremo del horizonte se ven resplandores de columnas de fuego, mientras que al borde de la altiplanicie se mezcla el rechinar de los tanques con el retumbar de disparos y el chasquido de impactos. El aire resplandece como un torbellino de proyectiles luminosos. De pronto, el cañoneo enmudece. La guerra se envuelve en el silencio. La noche obliga a poner fin a la lucha.

En Quallala, el jefe de división celebra la última conferencia. En un recinto, medio tienda de campaña, medio choza de piedra, está sentado el coronel con los jefes de las tropas de combate. Una vela arde, puesta sobre una caja de madera que sirve de mesa. En derredor hay panes, conservas y cantimploras. Echado en un rincón, duerme un soldado. Su cara se destaca en la penumbra. Los oficiales callan. Están esperando al jefe de los tanques y al capitán Bach.

Afuera se oyen pasos indecisos y se percibe una voz sonora y juvenil, con acento renano: «Hemos sorprendido dos camiones, apresándolos. ¡Lo que allí pescamos, chico! Unos melocotones que nada más con mirarlos se hacía la boca agua...» Por el



Camino del cautiverio.

firmamento pasan balas luminosas blancas; se oye el rechinar de los tanques que se retiran a su cuartel nocturno. Sus sombras oscuras se divisan sólo por breves segundos a la luz titilante de las balas luminosas.

De nuevo se oye la voz del renano: «Hemos enterrado unos 500 cadáveres entre ingleses e indios. ¡Que hecatombe aquélla, cuando en medio de la lucha se nos acercaban, en formación cerrada! . . . » Luego las voces se van alejando.

A la luz indecisa de la vela, el jefe de división da en aquel momento sus órdenes. Expresa con breves palabras su reconocimiento. Los tanques, motociclistas, sección exploradora y artillería reciben la designación de sus respectivos puestos de descanso. Luego se disponen los puntos de seguridad, los destacamentos de exploración, las disposiciones para las avanzadas, la indicación de rutas para el tren de reabastecimiento.

Todo esto, se desarrolla, en un ambiente sencillo y natural, como si aquellos valientes no hubiesen tomado parte, hasta pocos momentos antes, en una batalla de tres días. Contienda que pasará a los fastos de la Historia como una de las mayores batallas de tanques entre los cuerpos armados alemán e inglés.

249 tanques enemigos habían sido aniquilados. En lucha de hombre a hombre quedó demostrada una vez más la superioridad del soldado alemán. En la de arma contra arma, la del mando alemán.



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes

Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes

Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes

-5483

Feb.
dec. 1887
3. XX / Langar
A. B. -